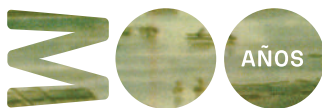


**POBLACIÓN
Y SOCIEDAD
DE MONTEVIDEO**

**Raquel Pollero Beheregaray
Wilson González Demuro**



EN CUERPO Y ALMA

4



**Intendencia
Montevideo**



**Nuestra
Montevideo**

4

**Nuestra
Montevideo**

**POBLACIÓN
Y SOCIEDAD
DE MONTEVIDEO**

Raquel Pollero Beheregaray
Wilson González Demuro



Intendencia de Montevideo: Carolina Cosse

Secretaría general: Olga Otegui

Asesoría de Desarrollo Municipal y Participación: Federico Graña

Departamento de Cultura: María Inés Obaldía

Equipo 300 años de Montevideo: Ana Acosta, Mauricio Bruno, Ximena Caporale, Ana De Rogatis, Natalia Díaz, Leonardo Fossatti, Rodrigo Mesa, Soledad Moreira, Miguel Pereira, Lía Perez, Leonardo Pintos, Jeaninne Vera

Coordinación académica por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República: Nicolás Duffau y Ana Frega

Coordinación de los equipos de trabajo: Matías Borba e Irene Taño

Equipo de investigación *Nuestra Montevideo*: Andrea Antuña, Renata Baltierra, Lía Fierro, Daniel Gómez, María Fernanda Morales, Belén Ramírez, Elisa Rodríguez, Francis Santana, Natalia Stalla, Mariana Trías

Equipo de investigación *Cuenta la ciudad desde tu barrio*: Emanuel Andriulis, Sebastián Carvalho, Eliana Crusi, Ariana Dufour, Priscila Frípp, Joaquina González, Leandro Lereté, Clara Perugorría, Lorena Rodríguez, Marcos Rodríguez, Fabiana Solari, Marcio Souza

Corrección y diagramación: Nairí Aharonián Paraskevaídis

ISBN: 978-9974-906-39-6

© Las y los autores, 2024

© Las y los fotógrafos, 2024

© Intendencia de Montevideo, 2024

Imagen de portada: Augustus Earle, *Aduana de Montevideo*, grabado, 1838.
Biblioteca Nacional de Uruguay, Sala de Materiales Especiales

Presentación

Comienza la colección **Nuestra Montevideo**, con quince fascículos mediante los cuales nos adentramos en un recorrido histórico donde se abordan aspectos políticos, económicos, sociales y culturales a lo largo de tres siglos.

Una ciudad es la materialización del entramado social que la vive, la construye, significa, la imagina y la reinventa. Montevideo es ese entramado, fiel reflejo de esa red diversa. Conmemoramos sus trescientos años y qué mejor manera que poner en relieve los hilos

que atan, entretujan y delimitan la trama de nuestro presente.

La historia de nuestra Montevideo también es la historia de nuestros derechos conquistados y de ese trabajo permanente por ejercerlos en libertad y en comunidad. Es una historia que vive en continua construcción, transformación y en constante diálogo con la memoria de todos sus habitantes

Montevideo es la que nos une;
Montevideo es la vida de su gente;
Montevideo tiene alma, su alma es

su historia, y Montevideo nos da un cuerpo para unirnos. Alma con música, cuerpo que canta.

Estos fascículos son un aporte para comprender mejor nuestro pasado y nuestro presente. Nos ayudarán a reflexionar sobre nuestra identidad como ciudad y como comunidad, y ojalá sean un pequeño aporte para pensar nuestro futuro.

Carolina Cosse
Intendente de Montevideo

Agradecemos a Mariana Trías la colaboración en este fascículo.

Raquel Pollero Beheregaray es doctora en Ciencias Sociales con especialización en Estudios de Población, magíster en Ciencias Humanas con especialización en Estudios Migratorios y licenciada en Historia, todas por la Universidad de la República (Udelar). Se desempeña como profesora adjunta en régimen de dedicación total en el Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Udelar.

Wilson González Demuro es magíster en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense y doctorando en Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Udelar, y profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores «Artigas» (IPA). Se desempeña como profesor agregado en régimen de dedicación total en el Departamento de Historia Americana de la FHCE de la Udelar.

Este fascículo se enfoca en la población de Montevideo y en la evolución de algunas de sus características a lo largo de tres siglos. La demografía —ciencia que estudia las poblaciones humanas y los determinantes y consecuencias de su cambio en el tiempo— define a una *población* como un conjunto de individuos, asociados a distintas características como edad y sexo, que habitan determinado espacio geográfico (ciudad, departamento, país, continente), que se renueva por la acción de tres fenómenos: fecundidad, mortalidad y migración. Esto significa que el comportamiento de estos tres componentes explica la evolución de la población, el cambio de su tamaño en el tiempo (su crecimiento o decrecimiento) y sus características (joven o envejecida, masculinizada o feminizada, urbana o rural, etcétera).

Estudiar en pocas páginas la historia de la población montevideana tiene dos grandes desafíos. En primer lugar, nos

preguntamos sobre el espacio: ¿a qué territorio nos referimos cuando hablamos del conjunto de habitantes de Montevideo? A lo largo de su existencia, la delimitación administrativa de Montevideo se fue modificando y sus límites departamentales actuales fueron fijados en 1835, por lo que es ese el momento en el que se define el espacio geográfico a analizar. Para el período colonial y hasta ese año, la historiadora y demógrafa Raquel Pollero ha utilizado el concepto *Montevideo y su campaña*, que nos aproxima a un territorio más o menos similar al actual, que consiste en la planta urbana y la zona de chacras y estancias cercanas que componían el *hinterland* agrario de la ciudad.¹ El segundo desafío es cómo delimitar distintos períodos en los trescientos años de historia. Optamos por una división temporal basada en características propias de la dinámica demográfica, a partir de observar cómo nacían, morían y, eventualmente, se movían sus habitantes.

Para interpretar el comportamiento demográfico, describir y explicar los cambios del tamaño y la estructura por edad y sexo de la población a través del tiempo, la demografía utiliza el enfoque teórico de la *transición demográfica*, que es el proceso de reducción de la mortalidad y la natalidad desde niveles altos, propios de las sociedades tradicionales, hasta los niveles bajos de las sociedades modernas (Recuadro en página 10). Dado que en Uruguay, y en Montevideo en particular, la migración ha tenido un peso muy relevante, también incorporamos los efectos de la movilidad de población. Pretendemos estudiar el comportamiento de la dinámica poblacional de Montevideo observando las sucesivas fases históricas de estos procesos.

La etapa pretransicional, caracterizada por altas tasas de natalidad y de mortalidad, es la más larga, ya que abarca desde 1724 hasta la década de 1870, y está cargada de conflictos político-militares

¹ Raquel Pollero, *Historia demográfica de Montevideo y su campaña, 1757-1860*. Montevideo: FCS, Universidad de la República, 2016. Premio Carlos Filgueira.

Transición demográfica y segunda transición demográfica

La teoría de la transición demográfica (TD) describe la sucesión de tres fases que atraviesa una población en proceso hacia la modernización. La primera es un estadio premoderno (pretransicional) de mortalidad y natalidad altas y bajo crecimiento demográfico (equilibrio tradicional). La segunda es una etapa transicional de desequilibrio, en la que primero se reduce la mortalidad —lo que ocasionó un importante crecimiento poblacional— y luego disminuye la natalidad. Por último, hay una fase de equilibrio moderno o postransicional, con mortalidad y natalidad reducidas, y un nuevo crecimiento bajo o nulo. El proceso de TD se vincula a profundas transformaciones económicas, sociales y psicológicas de la sociedad.

Según esta teoría, los procesos de industrialización y de modernización provocan una mejora en el nivel de vida y en las condiciones de salud de la población que derivan en un descenso de la mortalidad. En el ámbito familiar, esto se traduce en un mayor número de hijos sobrevivientes. Paralelamente, con la modernización y la urbanización se produce un aumento de los costos de crianza de los hijos (limitación del trabajo infantil, escolarización obligatoria, motivación de los padres para facilitar mayores niveles educativos de los hijos, incrementos de los costos de salud, vivienda, etc.). La reducción de la fecundidad sería un ajuste al nuevo régimen de mortalidad, así como un acomodamiento a las nuevas realidades socioeconómicas.

Desde la década de 1970, en las sociedades más avanzadas se observó una evolución de los comportamientos demográficos diferente a la prevista en la etapa de postransición. El equilibrio moderno se vio sustituido por un nuevo desequilibrio que tuvo por causas una profundización en el descenso de la fecundidad por debajo del nivel de reemplazo de la población. Esta segunda transición demográfica (STD) implica un conjunto de cambios en los patrones de comportamiento reproductivo y familiar, en el que se priorizan la realización personal, la independencia individual y la igualdad de género. Se caracteriza por: un descenso de la nupcialidad; incremento de los divorcios, de las uniones libres, de los hogares monoparentales y de los nacimientos extramatrimoniales; retraso en la formación de la primera unión, retraso en la edad de la maternidad y aumento de las parejas que no desean tener hijos.

Este nuevo enfoque se basa en tres revoluciones: la sexual (aceptación de la sexualidad fuera del matrimonio y el aborto), la contraceptiva (se desvincula la sexualidad de la reproducción) y la de género (ampliación de oportunidades para las mujeres en educación, trabajo y autonomía personal)

Esta nueva realidad está hoy presente en gran número de países, incluido Uruguay.

con importantes consecuencias demográficas. Una segunda etapa de cambio demográfico y social se ubica entre las décadas de 1880 y 1960, cuando comenzaron a descender primero la mortalidad y luego la natalidad, al tiempo que la ciudad experimentaba un acelerado proceso de modernización que acentuó su condición de *bomba de succión* (un concepto del ensayista Julio Martínez Lamas en 1930), ya que atrajo gran cantidad de pobladores de diversos lugares del país, así como numerosos inmigrantes.

Luego, desde la década de 1960 observamos nuevas transformaciones: una mortalidad y una natalidad cada vez más bajas, una población cada vez más envejecida, cambios familiares y sociales vinculados a valores propios de la llamada *segunda transición demográfica*, a las que se sumó también un cambio en la movilidad de la población que modificó la imagen de un espacio receptor de inmigrantes por la de uno expulsor de su población. Sobre el final de los trescientos años de Montevideo, en las primeras décadas del siglo XXI, se siguen profundizando el

descenso de la fecundidad y de la mortalidad, el aumento de la esperanza de vida al nacer y, en consecuencia, el envejecimiento

poblacional. También se aprecia un cambio en el patrón migratorio muy importante en lo cualitativo: la llegada, por primera vez, de una

relevante cantidad de inmigrantes latinoamericanos que provienen desde países no fronterizos con el nuestro.

Años	Población	Tasa media de crecimiento intercensal (%)
1757	1.991	
1780	6.220	4,48
1810	19.479	3,44
1820	19.364	-0,06
1830	23.451	1,91
1836	26.909	2,29
1852	33.994	1,45
1860	57.916	6,51
1889	215.061	3,97
1908	309.231	1,89
1930	655.389	3,26
1941	747.665	1,20
1963	1.202.757	2,12
1975	1.237.227	0,24
1985	1.311.976	0,59
1996	1.344.839	0,22
2004	1.325.968	-0,18
2011	1.319.108	-0,08

Fuentes de la tabla 1: elaboración propia a partir de proyecciones de población, censos nacionales y municipales.

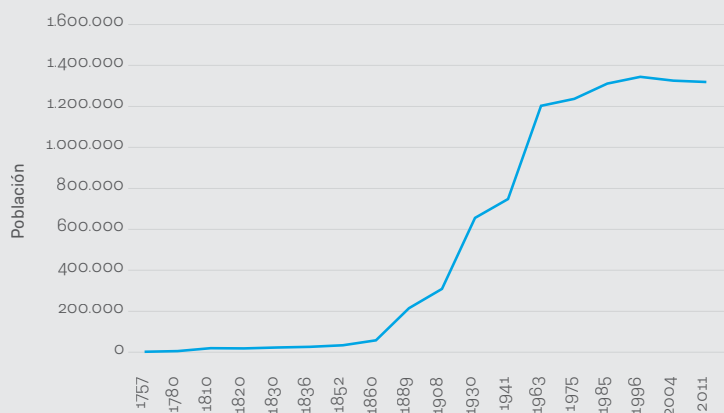


Gráfico 1 y tabla 1. La población de Montevideo, 1757-2011*

Fuentes del gráfico 1: 1) para 1757: Padrón de la ciudad de Montevideo y su jurisdicción (Archivo General de la Nación Argentina, Biblioteca Nacional, Legajo 190, n.º de inventario 016557; 2) para 1780-1843: estimaciones de Raquel Pollero; 3) para 1852, 1860, 1908 y 1963-2011: censos nacionales de población, Dirección General de Estadística y Censos-Instituto Nacional de Estadística (INE); 4) para 1889, 1930 y 1941: censos municipales de Montevideo.

(*) La tasa media de crecimiento intercensal es el incremento anual de una población en un período entre dos censos.

La sociedad desde la fundación de Montevideo hasta 1880: una *demografía de los excesos*

Uno de los primeros problemas que enfrentó el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zabala fue el de hallar personas dispuestas a cambiar su cotidianidad por los desafíos del nuevo asentamiento. Luego de ofrecer beneficios y privilegios que sedujeran a potenciales candidatos a instalarse en Montevideo, solo unas pocas familias cruzaron el Río de la Plata. Seis de ellas (33 personas) estaban ya instaladas cuando los primeros pobladores procedentes de Canarias arribaron a bordo del navío Nuestra Señora de la Encina, en 1726. Los contingentes provenientes de estas islas aportaron algo más de 200 personas a la población del nuevo asentamiento.

De acuerdo a lo que informaba Zabala, Montevideo contaba en 1728 con «trescientas cincuenta personas», compuestas por un centenar de

familias de Canarias; otro ciento de los Indios [traídos por misioneros jesuitas], cien soldados [y] otras cincuenta personas que se ocupan en las embarcaciones, en el transporte de Madera y leña, peones que la cortan, Albañiles, y de otros Gremios que se agregan en las obras.²

Es posible que los dos últimos grupos hayan incluido a muchos pobladores provenientes de Buenos Aires. Además, es probable que estas cifras no fueran exactas, pero nos aproximan al número y al tipo de habitante inicial.

Desde mediados del siglo XVIII encontramos datos más precisos. En el gráfico 1 y en la tabla 1 observamos la evolución de la población desde 1757 —fecha del recuento más antiguo— hasta el presente. Allí vemos que hacia 1760 Montevideo tenía una población cercana a los dos mil habitantes. Si bien se trata de un número pequeño, creció a tasas

muy altas hasta principios del XIX, cuando la etapa revolucionaria interrumpió esa tendencia y retrajo el crecimiento inicial. La recuperación comenzó en tiempos de la Provincia Cisplatina (1821-1825) y continuó durante los primeros años del Estado Oriental para acelerarse con el impacto positivo del inicio de las oleadas migratorias europeas. Sin embargo, este importante crecimiento se vio perturbado por el efecto adverso de un nuevo conflicto, la Guerra Grande (1838-1852), cuyo fin trajo otro crecimiento explosivo de la población.

Durante su primer siglo y medio, la población de Montevideo experimentó elevadas tasas de mortalidad y de natalidad. Así, la expresión *demografía de excesos* alude —y también homenaja— al historiador José Pedro Barrán, quien la utilizó en *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* para

2 Luis Azarola Gil, *Los orígenes de Montevideo (1607-1749)*, Buenos Aires: Editorial La Facultad, 1933, p. 252.

referirse a este comportamiento, propio de las sociedades preindustriales o *pretransicionales*. Asimismo, el crecimiento migratorio fue muy importante a lo largo de casi todo el período, y su contribución fue más significativa al crecimiento total de la población que la diferencia entre nacimientos y defunciones. Cabe destacar el aumento del número de habitantes vinculado al impulso mercantil en la década de 1770 como consecuencia de las reformas económicas y administrativas impulsadas por la monarquía borbónica y, en particular, el impresionante crecimiento de la corriente inmigratoria europea a mediados de la década de 1830

Una población joven, predominantemente masculina y urbana

En sus inicios, Montevideo se caracterizaba por su población joven, con más del 40 % menor de 20 años, y muy masculinizada. Hacia 1760, la cantidad de hombres superaba en más de una vez y media a la de mujeres. A medida que la población fue aumentando, creció

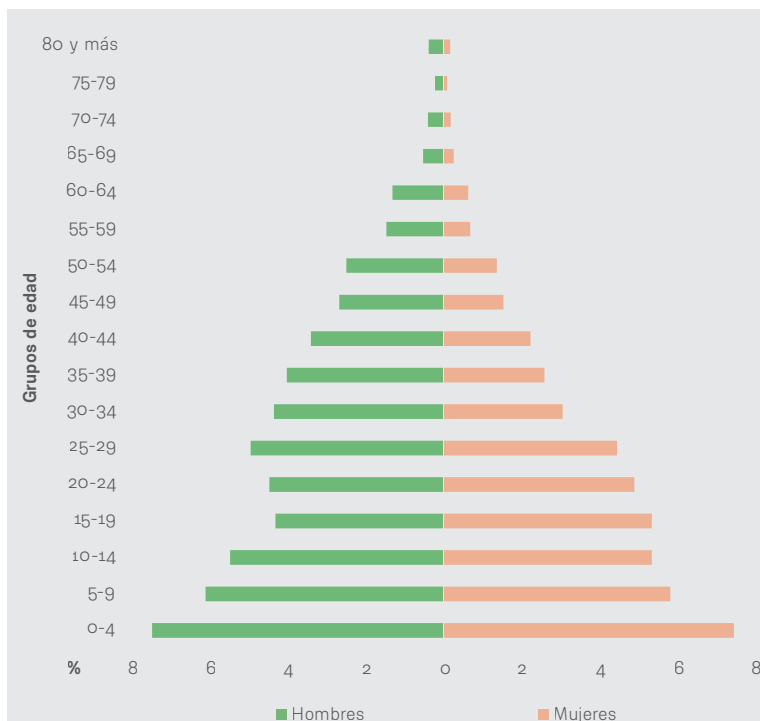


Gráfico 2. Pirámide de población. Montevideo, 1836.

Como se puede ver, la población de Montevideo era joven y masculinizada, fundamentalmente a partir de los 25 años. El mayor peso relativo femenino entre los 15 y 24 años podría ser efecto de un subregistro de hombres jóvenes en edad de ser reclutados para la guerra, de una mayor movilidad femenina joven hacia Montevideo o de la combinación de ambos factores.

Fuente: Pollero, o. cit., p. 301. Elaborado a partir de padrones de población de Montevideo (AGN-AGA, Libros 146, 147, 148, 149, 465). Datos corregidos.

la proporción de mujeres, aunque sin que se perdiera el predominio masculino. Así, el censo de 1860 da cuenta de la existencia de 124

hombres cada 100 mujeres. La pirámide que se representa en el gráfico 2 nos permite acercarnos a la estructura de la población en

1836, es decir, a su distribución por edad y sexo.

¿Dónde residía esta población? En los primeros años se radicó en la planta urbana —el área amurallada de la actual Ciudad Vieja— y se trasladaba temporalmente a las chacras y estancias que le habían sido adjudicadas. Sin embargo, este comportamiento fue cambiando y, en la segunda mitad del siglo XVIII, la población comenzó a expandirse por la campaña montevideana hasta, por lo menos, 1830. Así, si en 1778 podemos encontrar un 77 % de población urbana y un 23 % de población rural, el padrón de 1836 da cuenta de 53 % de habitantes de la ciudad y 47 % del área rural. Para mediados del siglo XIX la población departamental se había incrementado de manera espectacular, sobre todo en la atractiva ciudad-puerto: había retenido una parte significativa de la inmigración y cabe suponer que también había convocado a un importante número de migrantes internos. En este sentido, las

cifras del censo de 1860 son elocuentes: Montevideo tenía un 86 % de población urbana y un 14 % de población rural.³

¿De dónde provenían los habitantes del departamento de Montevideo? La condición de *uruguayo* —u oriental— o *extranjero* adquirió significación recién a partir de la formación del Estado independiente. En 1836 podemos identificar a un 50 % de población oriental, un 37 % caracterizada como extranjera y un 13 % cuya condición no se especifica. Del porcentaje de extranjeros, la mitad era europea, algo más de 30 % era africana, 15 % provenía de países de la región (principalmente de Argentina y de Brasil) y un muy bajo porcentaje, de otros países. A medida que avanzaba el siglo XIX, el peso relativo de la población extranjera fue creciendo y para 1860 la población casi se dividía en mitades: una de cada dos personas era extranjera (48 %). Estos porcentajes representaban, en cifras aproximadas, algo

menos de cinco mil europeos —en su mayoría españoles radicados en la campaña montevideana—, de quienes el 63 % eran canarios. Los portugueses representaban el 13 %, y se radicaban prácticamente en partes iguales en ciudad y campaña. Italianos, franceses y de otras nacionalidades (en proporción similar con algo más del 10 % cada grupo) vivían preferentemente en la ciudad.

Treinta años después, en 1860, los europeos se habían quintuplicado prácticamente, pero su composición había variado: un tercio eran de origen español, otro tercio provenía de Italia y 27 %, de Francia, y su destino fue sobre todo urbano. Entre los de origen americano, la gran mayoría era argentina (superando el 70 %), seguida —en proporción muy inferior— de brasileños, todos ellos con preferencia urbana para su asentamiento. El último gran grupo corresponde a la migración africana forzosa, introducida al territorio como mano de obra esclavizada.

3 Para 1860 se consideraba población urbana la que habitaba Ciudad Vieja, Ciudad Nueva, Cordón, Aguada, Villa del Cerro, Villa de la Unión y Pontones del Puerto.

Desde finales del siglo XVIII, la ciudad se había convertido en punto estratégico regional de llegada del tráfico. Según el historiador Alex Borucki, no menos de 70.000 personas esclavizadas ingresaron al Río de la Plata entre 1777 y 1812, aunque muchas de ellas fueron trasladadas luego a otros lugares del sur americano. Se estima que hacia 1810, tanto Buenos Aires como Montevideo tenían un 30 % de su población sometida a la esclavitud. Si bien en nuestro territorio la libertad de vientres y la prohibición del tráfico esclavista fueron decretadas en 1825 y ratificadas en la Constitución de 1830, este comercio no fue erradicado de inmediato y la iniciativa privada concibió la idea de traer esclavizados bajo la denominación de *colonos*, con el consentimiento de las autoridades locales. La abolición total de la esclavitud se estableció

mediante nuevas leyes aprobadas en el marco de la Guerra Grande por el gobierno de la Defensa (1842) y el del Cerrito (1846), lo que trajo como consecuencia directa la disminución del número de africanos —no de afrodescendientes— en la población: si hacia 1836 significaban más del 33 % del total de extranjeros (unas 3000 personas), para 1860 se habían reducido a un 5 % (unas 1300).

¿Qué más podemos conocer de la composición étnica de la población anterior a 1860? En realidad, la información que se puede obtener de los padrones es muy escasa. A finales de la década de 1770, las fuentes demográficas coloniales identificaban a algo más del 70 % de la población como blanca, mientras que la población afrodescendiente (negros y pardos) superaba el 25 % y los indígenas

se estimaban en menos del 2 %, valor extremadamente bajo en el contexto hispanoamericano. Estos datos excluían referencias a la población mestiza blanco-india, lo que nos permite suponer que, si se la hubiera incluido en los relevamientos, más del 30 % de la población considerada *blanca* no lo sería.

A mediados del siglo XIX, el peso relativo de la población llamada *negra* y *parda* habría disminuido al 11 %, con seguridad por la importancia numérica de las corrientes migratorias europeas. Para este período ya no tenemos datos sobre la población india y mestiza. En la segunda mitad del siglo disminuye y desaparece la información sobre la composición étnica de la población, primando la nacionalidad como criterio de diferenciación entre los individuos.

¿Cómo moría y nacía la población montevideana?

Las sociedades *pretransicionales* se caracterizaban por su alta mortalidad. En este sentido, y de acuerdo a las estimaciones de Pollero, hasta finales del siglo XIX,

las defunciones anuales oscilaban entre 25 y 35 cada 1000 habitantes de Montevideo, mientras que la mortalidad infantil mostraba también valores elevados, ya que

un quinto de los nacidos fallecía aproximadamente antes de cumplir su primer año. Asimismo, la esperanza de vida al nacer —indicador que mide el promedio de años

Dom Pernety, *Sauvage de Montevideo. Habit of an indian of Montevideo in S. America, 1764* (grabado en papel, 29 x 21 cm). Museo Histórico Cabildo de Montevideo.

La población indígena de Montevideo que se puede cuantificar es la que aparece en las fuentes demográficas como padrones, resúmenes de recuentos de población y registros parroquiales, donde figuran aquellos individuos que se integraron a la sociedad colonial tanto a la fuerza como en forma voluntaria. La mayor parte serían guaraníes de las misiones, cuya contribución en el poblamiento del territorio y en el crecimiento de la ciudad (por ejemplo, como obreros) fue relevante. Uno de los testimonios de su presencia es esta obra realizada por el monje benedictino Dom Pernety, quien visitó Montevideo en su carácter de capellán de una expedición científica encabezada por el naturalista francés Antoine de Bougainville (1762-1763).



Henri Benoit Darondeau, *Lavandera, 1836* (acuarela sobre papel, 18 x 12 cm). Museo Histórico Cabildo de Montevideo.

La mano de obra esclavizada resultó fundamental para el funcionamiento de la economía y de la sociedad desde los tiempos coloniales hasta los primeros años de la república. El lavado de ropa para amos y patrones era una de las tareas más comunes y se llevaba a cabo en las afueras de la ciudad. «Desde que se abrieron los portones —dice la crónica del periodista e historiador Isidoro de María— salían en grupos las pobres negras lavanderas, con el atado de ropa en la cabeza, a que agregaban muchas veces la consabida batea, al lavadero de la Estanzuela [cerca de la actual playa Ramírez] y los pozos de la Aguada». Si por algún motivo no regresaban antes del cierre de los accesos se veían obligadas a «pernoctar fuera de los muros a espera del día siguiente [y] gracias si no les esperaba algún castigo del amo» (Isidoro de María, *Montevideo Antiguo. Tradiciones y recuerdos*, tomo I, Biblioteca Artigas. Montevideo: MEC, 1976, p. 73).

vividios por una población— fluctuaba entre los 33 y los 41 años, con incrementos y retrocesos, sin mostrar en ese entonces una tendencia ascendente sostenida.

Las muertes tenían como causa principal las enfermedades infecciosas, entre las que la más importante era la tuberculosis. Sin conocer su verdadero origen, así se explicaban las razones de su persistencia en 1853:

Poca diferencia se nota en el número de tisis pulmonares de este año con el anterior; y no se tendrá la dicha de verla disminuir mientras la juventud que es la perseguida por ese mal se agite en bailes violentos, se exponga a los cambios repentinos atmosféricos, cometa desarreglos en las bebidas particularmente las frías y emplee trajes de poco abrigo o que compriman el pecho.⁴

Una característica propia de las sociedades pretransicionales es

el incremento extraordinario de defunciones en períodos relativamente cortos (algunos meses o un par de años), que se conocen como *crisis de mortalidad*. A veces eran consecuencia de enfrentamientos armados, pero en general se debían a epidemias. Así, entre mediados del siglo XVIII y 1880, Montevideo sufrió dieciocho episodios de este tipo.

Hasta las primeras décadas del XIX los azotes de la viruela eran los que más angustiaban a la población.⁵ Además de la viruela y de importantes brotes de otras enfermedades infecciosas como el sarampión y la escarlatina, también se conocieron epidemias que llegaron a nuestro puerto en barcos de distintas procedencias y se propagaron por la ciudad. En 1857, la fiebre amarilla procedente de Brasil fue responsable de alrededor del 60 % de las defunciones en Montevideo

durante ese año. La crónica de Heraclio Fajardo nos dice que «¡de diez, uno se escapaba! Los carros fúnebres transitaban en todas direcciones, a todas horas del día y de la noche, cargados de cadáveres y en busca de estos». «La infeliz Montevideo», según el autor, más que una ciudad parecía «un vasto cementerio».⁶ También el hilo epidemiológico del cólera se podría rastrear hasta el tráfico marítimo con Europa, y desde ese continente llegó a Brasil, y de allí al Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870). La primera epidemia de cólera llegó a Montevideo en 1868 y ocasionó el 35 % de las muertes de ese año.

Para compensar el efecto reductor de la mortalidad en la población, las familias de Montevideo tenían por lo general muchos hijos. Las estimaciones arrojan valores elevados —que oscilan

4 Nota del médico de Policía de Montevideo, Gabriel Mendoza, a la Junta de Higiene Pública, 3 de febrero de 1853, citada en Raquel Pollero, *Historia demográfica de Montevideo*, o. cit., pp. 400-401.

5 La vacuna antivariólica, descubierta por el médico inglés Edward Jenner en 1796, llegó por primera vez a Montevideo en 1805 en un buque portugués, y fue a partir de entonces que inició su lento camino de expansión entre la población, lo que insumió algo más de un siglo.

6 Heraclio Fajardo, *Montevideo bajo el azote epidémico*, Montevideo, s. e., 1857, pp. 12-14.

de moderadamente altos a muy altos—, superiores a los cuarenta nacimientos anuales cada mil habitantes, con un promedio de cinco hijos por mujer durante casi toda la primera mitad del siglo XIX. Además, las fuentes nos acercan ejemplos de familias numerosas, a las que encontramos como un porcentaje significativo en los padrones de población, pero también en crónicas y en testamentos de la época. Así, expresiones como «hubimos 10 hijos», «hemos tenido 15 hijos» o «hallándose notoriamente con una carga de diez hijos, siete varones y tres mujeres» aparecen con frecuencia en documentos referidos a familias de distinta situación socioeconómica.⁷

Las parejas estaban formadas por mujeres jóvenes —con capacidad de concebir durante

muchos años— unidas a hombres más maduros. A modo de ejemplo extremo, las últimas investigaciones del historiador Arturo Bentancur para el final del período colonial muestran que el 20 % de los matrimonios celebrados en la Iglesia Matriz en 1812 y 1813 correspondió a parejas en las que los hombres tenían veinte y más años que sus esposas. De acuerdo a Pollero, hacia mediados del siglo XIX, la diferencia media de edad entre maridos y esposas era de nueve años. El matrimonio como instrumento que regulaba la formación de las familias —y como estrategia de reproducción social— fue la norma en los sectores más favorecidos y el ámbito en el que nació la mayor parte de las niñas y niños montevideanos. Sin embargo, en otros estratos socioeconómicos, los vínculos se

establecieron con mayor libertad, con un alto porcentaje de uniones consensuales en los sectores populares, favoreciendo incluso la formación de parejas interétnicas.

Para mediados de la década de 1780, los nacimientos producto de uniones libres representaban más del 40 % del total, pero disminuyeron a poco más del 20 % a finales del siglo XVIII, para alcanzar de nuevo valores cercanos al 40 % en las primeras décadas republicanas, y reducirse finalmente al 15 % hacia 1860. Vale destacar que quienes nacían dentro de este grupo tenían prohibido, entre otras cosas, el acceso a la educación en todos sus niveles, a cargos de Gobierno y al pleno goce de sus bienes sucesorios.

7 Andrea Bentancor, Arturo Bentancur y Wilson González Demuro, *Muerte y religiosidad en el Montevideo colonial. Una historia de temores y esperanzas*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008, pp. 21, 285 y 287.

Léonie Matthis, *Vista de la ciudad de Montevideo a finales del siglo XVIII*, s/f (acuarela en papel encolado sobre madera, 262,5 × 75,5 cm). Museo Histórico Nacional, Casa de Fructuoso Rivera.

No se trata de un documento de época, sino de una representación de casi un siglo y medio después. Matthis, artista francesa radicada en Buenos Aires desde 1912, le vendió esta obra al Museo Histórico Nacional uruguayo en 1944. Aunque la recreación tiene algunos errores (por ejemplo, a finales del siglo XVIII había más casas de dos plantas que las que muestra la imagen), destaca las gruesas fortificaciones de la pequeña ciudad, la religiosidad de su población —se observa una larga procesión hacia la Iglesia Matriz, su principal edificio—, la modestia de la mayor parte de las viviendas y la gran cantidad de baldíos o huecos existentes. La Montevideo evocada en esta pintura contaba con algo menos de diez mil habitantes.



Sociedad y cultura hasta 1880

Señor: en carta de 7 de Enero de este año [1744] participa la ciudad de Montevideo el miserable estado en que se hallan sus vecinos y pobladores, a causa de no tener comercio alguno [...] sin embargo que gozan del beneficio de vivir en un País muy saludable y fructífero.

Así comienza un informe que el Consejo de Indias le envió al rey Felipe V como testimonio de las dificultades que padecía la joven urbanización de Montevideo. En concordancia con el carácter fronterizo y austero de la fundación, sus ocupantes se caracterizaron por ser, en su mayoría, de condición social muy humilde, por lo que muchos de ellos tenían o debieron asumir el perfil de *poblador-soldado*.

¿Podemos referirnos a *clases*, *sectores* o *estratos* en la antigua sociedad montevideana? Aunque los debates al respecto han sido variados, coinciden en que la estratificación fue débil en los inicios de la instalación de la población, pero se profundizó desde las

décadas de 1760 y 1770 gracias al notorio crecimiento económico de la ciudad. Luego se desestabilizó durante el ciclo de revoluciones y guerras (1810-1830) y ya independizado el país, se conformó una sociedad más definidamente de *clases* en tiempos del llamado *Uruguay comercial, pastoril y caudillesco*.

Los primeros beneficiarios de solares urbanos, terrenos para chacras y suertes de estancia tuvieron escasas oportunidades de crecimiento dada la débil inserción montevideana en los circuitos comerciales atlánticos. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, la región aumentó su protagonismo político y mercantil con la creación del virreinato y la liberalización de los puertos. La población creció y se definieron distintos sectores, que no fueron homogéneos en su interior ni presentaban entre ellos diferencias tan radicales como las que encontramos en zonas de más antigua colonización como el Caribe, México o Perú. Dentro de

aquel variado conjunto humano, el lugar de nacimiento y los factores étnico-raciales también tenían peso significativo.

Hacia 1800, el grupo de mayores recursos estaba compuesto por grandes hacendados, saladeristas, comerciantes exportadores e importadores, la alta burocracia y la oficialidad militar. El perfil de la pequeña ciudad-puerto permitió que este grupo minoritario controlara una serie de actividades entrelazadas: estancia ganadera, saladero, barraca y comercio mayorista. En este segmento, pequeño y con fuertes vínculos políticos, interactuaban muchos europeos con miembros del *patriciado* local.⁸ Luego, y sin caer en clasificaciones rígidas, aparece un sector medio muy heterogéneo compuesto por pequeños comerciantes (tenderos, pulperos, boticarios, sastres, almaceneros), por individuos vinculados al crecimiento edilicio de la ciudad (maestros carpinteros, herreros, constructores), por profesionales,

8 Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo: Ediciones Asir, 1961.

educadores, funcionarios de menor rango y por clérigos, todos de procedencia europea o americana. Los escalones inferiores de la pirámide social correspondían a jornaleros ocupados en todo tipo de labores y de variado origen étnico-racial, así como soldados, sirvientas, lavanderas, amas de leche, costureras y personas sin ocupación fija o conocida. Las personas esclavizadas se situaban en el lugar más bajo y desempeñaban una muy amplia gama de actividades y, en ocasiones, trabajaban arrendadas por sus amos para terceras personas.

La crisis revolucionaria que inició en 1810 le abrió a los sectores más pobres nuevas posibilidades en materia de politización y ruptura de relaciones de subordinación. Asimismo, las clases altas temieron perder sus privilegios.

La dicotomía *orden versus anarquía*, con Montevideo como reducto preferente del primero, marcó a fuego la dinámica de las relaciones sociopolíticas del siglo XIX. Estudios recientes muestran que la sociedad montevideana

del primer tercio de esa centuria registró un crecimiento poblacional problemático dentro del recinto amurallado, sometido con frecuencia a sitios y bloqueos, en el que faltaban viviendas de calidad. Según los padrones levantados en 1819 y en 1823 (ya en el período cisplatino), muchas manzanas de la ciudad albergaban a una población esclavizada no inferior al 50 % del total de sus habitantes. Su horizonte laboral, al igual que el de los demás sectores bajos, no había cambiado sustancialmente aunque sí habían empeorado el hacinaamiento y las relaciones con amos y patronos. Por otro lado, para los grupos hegemónicos, varias investigaciones demostraron que los conflictos con Buenos Aires, así como el duro sitio de 1812-1814 o los enfrentamientos de la década de 1820 empobrecieron a la ciudad y a algunas familias de la elite que perdieron fortunas amasadas en años anteriores.

Montevideo vio cómo el volumen de su población fluctuaba al compás de los enfrentamientos políticos, de los altibajos económicos y de la pauperización de las

condiciones de vida, situación que se volvería a registrar durante la Guerra Grande (1838-1852). Fue un conflicto internacional que frenó la recuperación posterior a la independencia, acrecentó la escasez de mano de obra y la explotación de esclavizados encubierta bajo la fórmula de *colonos*, forzados a integrar las fuerzas militares. En el otro extremo de la pirámide, varias familias de la clase alta dedicadas al negocio ganadero perdieron una significativa parte de su riqueza a raíz de la guerra, mientras que comerciantes y especuladores sí incrementaron sus beneficios.

Si bien gran parte de la población montevideana era joven en ese entonces, ¿eso se correspondió con su elevada escolarización? Todo indica que no, por lo menos hasta 1830. Montevideo fue una ciudad sin imprenta hasta 1807 y con escasas escuelas. Durante la mayor parte del siglo XVIII el grueso de la población vivía sin saber leer ni escribir, o manejaba de forma rudimentaria ambas capacidades. La comunicación en los sectores medios y populares

se daba, sobre todo, por vía oral. Aunque los datos disponibles son incompletos, sabemos que la mayor parte de quienes sabían leer y escribir eran varones de la ciudad (algo usual en la época).

La primera escuela habría sido fundada por la Compañía de Jesús en 1745, y, cuando en 1767 la orden fue expulsada de los dominios españoles, los franciscanos se hicieron cargo de la institución hasta finales de la década de 1830. Luego surgieron otras escuelas: la del Cabildo en 1809, y varias particulares, de pequeñas dimensiones, entre ellas la primera de carácter gratuito para niñas pobres, fundada por María Clara Zabala (nieta de Bruno Mauricio) en 1795. Durante la revolución, el Cabildo artiguista intentó instalar, sin mayor éxito, las llamadas *escuelas de la patria*, pensadas, según el propio ayuntamiento, para «enseñar lo que verdaderamente es un hombre libre» y para «formar un completo ciudadano».

Los costos de la educación fueron una constante dificultad para la mayor parte de las familias. Las de mejor posición económica y social podían aspirar a una mejor formación de sus descendientes. Los establecimientos atendían a pocos jóvenes que recibían una instrucción que no iba más allá de gramática y de las *primeras letras* —doctrina cristiana, lectura, escritura y aritmética básica—. Las pocas cifras disponibles refuerzan la hipótesis de que el nivel de escolarización era bajo: en 1778 alcanzaba a poco menos del 20 % de los niños en condiciones de ir a la escuela, y más reducido todavía era el grupo que accedía a costearse estudios superiores en otras ciudades del virreinato (Buenos Aires, Córdoba, Charcas) o en Europa.

En 1829 se creó la Escuela de Comercio como proyecto de enseñanza técnica, y entre 1830 y 1860 continuaron instalándose institutos de nivel primario

y secundario cuyo alumnado provenía de distintos perfiles socioeconómicos. Fueron administrados por particulares o por instituciones religiosas: franciscanos, jesuitas —que pudieron volver al territorio en 1841—, salesianos, vicentinos y escolapios. En materia de enseñanza superior, el gran hito del período fue la fundación de la Universidad, cuyo origen se encuentra en la Casa de Estudios Generales impulsada en 1833 por el entonces senador Dámaso Antonio Larrañaga. En 1838, el gobierno de Manuel Oribe proyectó la creación de la Universidad Mayor de la República, pero el inicio de la Guerra Grande paralizó el proceso. Recién en 1849 se instaló la institución, con cuatro facultades de las que solo funcionó la de Jurisprudencia, hasta que, en 1876, abrió la de Medicina.

Página de *El Publicista Mercantil de Montevideo*, edición del 20 de febrero de 1824. Museo Histórico Nacional, Biblioteca «Pablo Blanco Acevedo» (Casa de Juan Antonio Lavalleja).

La imagen nos conecta con tres elementos de gran importancia para la sociedad del siglo XIX: la prensa periódica (que tuvo un gran desarrollo, en especial desde la década de 1820), la educación y el combate contra las epidemias. Este diario fue redactado por el autor de la nota, el maestro español José Catalá y Codina, primer director de la Escuela Lancasteriana, instalada en 1821. El sistema lancasteriano (en alusión a su creador, el educador inglés Joseph Lancaster), también llamado de *enseñanza mutua*, cosechó apoyos entusiastas y duras críticas, algunas de las cuales fueron contestadas por Catalá, quien las comparó con los ataques que recibía la vacuna antivariólica. Difundida en América desde los primeros años del siglo XIX, inicialmente la vacuna se transportaba en los brazos de personas seleccionadas para ello, en general niños huérfanos y esclavizados. Se les inoculaba el fluido vacunal y cuando aparecían pústulas (abscesos) en los miembros superiores se extraía la linfa para suministrársela a otros individuos. En la década de 1840 la viruela ya era una enfermedad endémica en Montevideo y acumulaba casos todos los años.

tes planes secretos acerca de la limitación de las fronteras entre Francia y Austria, completan este manuscrito. *Cost. D. Ad.*

DEFENSA DEL SISTEMA DE Lancaster y respuesta á los ataques que, á la sordina, le hacen los ignorantes.

Varios han sido los ataques que en esta Ciudad se han forjado y disparado contra el nuevo sistema de educación llamado de enseñanza mutua ó de Lancaster. Todos ellos tuvieron su origen en la ignorancia, y por esto se disiparon con la misma prontitud que se formaron; por que el hombre de bien es susceptible de abrazar un error creyendolo una verdad; mas en el momento que se convence de que es un error, lo abandona inmediatamente y aun lo detesta.

Recopilaré aqui aquellos ataques para que el Público se convenza de la nulidad de sus fundamentos, y para que sirvan de preliminar á la defensa de un nuevo ataque que, con los síntomas violentos de un uracan, parece quiere esterminalar el sistema, al fundador y director de las dos escuelas establecidas, y aun arrancar de cuajo sus locales y sepultarlos á todos en lo profundo del Oceano.

El primer ataque que se dió al sistema fué hacer correr la voz de que en la escuela que se acababa de establecer bajo los auspicios y por los esfuerzos de los Exmos. Capitan General y Cabildo y por los del Señor d. Damaso Larrañaga, se enseñaba á los niños el egercicio militar con el fin de obligarlos luego á ser soldados. No pasaron muchos dias sin que el Público y los pa-

dres se orientasen de lo necesario que era que los niños marchasen en pequeñas columnas desde los bancos de escritura á los semicírculos de lectura para no solo conservar el orden, sino para evitar que se atropellen caigan y se lisen.

El segundo ataque fue fundado en la imposición; porque se hizo circular por la ciudad, que en esta escuela no se enseñaba doctrina cristiana, cuando no hay niño de los que leen, á quien no se haga estudiar de memoria el catecismo. Los mejores comprobantes de esta verdad son los dos exámenes públicos que ha dado dicha escuela, en los que se presentaron mas de cuarenta niños que sabían todo el catecismo; lo mismo sucedió en la iglesia matriz cuando el S.^r cura los examinó de doctrina cristiana, que no hubo ni un solo niño que titubeara en las preguntas.

El tercero fue alucinar á la plebe diciendo, que este sistema de educación era de invención inglesa, y, por con siguiente, que era anticatólico. Este ataque, por barbaro no merece contestación; por que solo obran en él aquella preocupación y fanatismo que han destruido mas la especie humana que todas las guerras civiles. La vacuna es tambien invención inglesa, y no solo está admitida en todos los países, sino que en todas partes califican ya de asesinos de la humanidad á los que se opusieron á su introducción. Lo mismo sucede con este nuevo sistema de educación, que aunque es de invención inglesa, está ya admitido en todo el mundo civilizado, y los enemigos de él y de su propagación, son reputados enemigos de la ilustración, de la humanidad y de la conveniencia pública.

Continuará.— José Catalá,

Imprenta de los Ayllones y compañía.

El cambio demográfico y social entre 1880 y 1960: la transición demográfica

Durante el último tercio del siglo XIX se fue consolidando una economía mundial que vinculó fuertemente a los países productores de materia prima y consumidores de productos manufacturados con el centro industrial europeo. Para que esa economía global funcionara era necesaria la adaptación de los países productores a las pautas económicas, políticas y socioculturales del sistema capitalista. Esto supuso que el proceso de modernización quedara sujeto a la directa influencia europea.

Uruguay transitó este camino desde la década de 1860. En lo económico, a la incorporación de la explotación ovina se le sumaron el alambramiento de los campos, la aceleración del mestizaje ovino y vacuno y el desarrollo del ferrocarril. La otra cara del cambio fue que todo se podía hacer con menos mano de obra. La estancia alambrada disminuyó la necesidad de peones y el transporte ferroviario sustituyó a

las carretas, diligencias y tropas. La desocupación, un fenómeno no conocido antes, creó rancheríos a orillas de los pueblos y provocó la emigración hacia las ciudades y hacia los países limítrofes. La esperanza montevideana estaba en una incipiente industria que en los primeros años del siglo XX se encontraba aún a medio camino entre el taller artesanal y la fábrica.

El Estado también se modernizó, al centralizar el poder político y asegurar la paz interna con el control de las fuerzas de seguridad. Los sectores partidarios influidos por el pensamiento positivista y liberal lograron imponer medidas de profunda trascendencia en materia de educación, de sanidad y salud pública, de secularización estatal y de administración judicial. Ya entrando en el siglo XX, y en respuesta a los reclamos de diferentes organizaciones sociales, se promulgaron leyes laborales que salvaguardaban los derechos de

los trabajadores y, especialmente, los de las mujeres trabajadoras.

En paralelo, durante estas décadas se gestó una nueva sensibilidad, definida por Barrán como «civilizada», distinta de la «sensibilidad bárbara» de las décadas anteriores. La sociedad se fue estructurando claramente en clases sociales y los sectores privilegiados dispusieron de medios de presión eficaces (instituciones educativas, prensa, Iglesia y Policía) para imponer sus concepciones sobre el progreso y la disciplina social. En este contexto se comenzó a procesar un cambio en el modelo demográfico del país: el descenso de la mortalidad seguido por el descenso de la fecundidad, que se denomina *transición demográfica*. Montevideo protagonizó esta transformación, adelantándose al resto del país. Al mismo tiempo, a lo largo del período la inmigración ultramarina siguió llegando, con altibajos, en sucesivas oleadas.

Modernización y crecimiento de Montevideo desde finales del siglo XIX

En la segunda mitad del siglo XIX, Montevideo experimentó un notorio crecimiento poblacional. Las tasas intercensales (tabla 1) nos permiten dimensionar los incrementos, que continuaron a lo largo del período. Entre 1860 y 1889, la población aumentó un 271 %, es decir que casi se cuadruplicó. En los veinte años siguientes, se incrementó un 44 % (1908), y se duplicó para 1930. Finalmente, entre ese año y 1963, en poco más de 30 años, creció un 83 %. Viéndolo de otro modo, si para 1860 un cuarto de la población del Uruguay residía en la capital, el porcentaje aumentó al 30 % en 1908, se estima en 38 % para 1930 y en algo menos de la mitad (el 46 %) hacia 1963.

Montevideo ha sido a lo largo de casi toda su historia un notable

caso de *macrocefalia urbana*, definida como alta concentración de población y actividades básicas en la capital de un país. La comparación con el resto de Latinoamérica le agrega contundencia a las cifras: era la capital latinoamericana más poblada en 1908 y mantuvo esa posición en 1963 (seguida por Buenos Aires, con 34 %).⁹

Una parte muy significativa de este crecimiento se debió a la migración. Entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, el país recibió contingentes migratorios ultramarinos que se radicaron sobre todo en Montevideo, capital y puerto. Los de origen europeo fueron en su mayoría españoles e italianos, pero también se incorporaron corrientes de Medio y Cercano Oriente, en particular armenios y siriolibaneses, así

como otras colectividades de Europa Central.¹⁰ La última oleada (1948-1955) correspondió al período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. La importancia numérica de estos flujos en el pasado, y su mayor concentración urbana, contribuyeron a la formación de una imagen del Uruguay como *país de inmigración* y como una *sociedad de aluvión*.

Para la segunda mitad del siglo XIX Montevideo era una ciudad cosmopolita, donde los extranjeros representaban a casi una de cada dos personas. A medida que el volumen de la población fue aumentando y los inmigrantes tuvieron hijos uruguayos, el peso relativo de los extranjeros disminuyó, aunque siguió siendo importante (30 % en 1908, el 23 % en 1930 y el 13 % en 1963). Estas corrientes migratorias

9 Jorge Hardoy, «Antiguas y nuevas capitales nacionales de América Latina», en *Revista EURE*, vol. XVII, n.º 52/53, 1991, p. 17; H. L. Browning, «Variación de la primacía en la América Latina durante el siglo XX», en *El Trimestre Económico*, vol. 42, n.º 166(2), 1975, p. 432.

10 La inmigración armenia y la siriolibanesa se inscriben en un contexto de grandes movimientos migratorios motivados por conflictos religiosos y étnicos en el Imperio otomano. Los siriolibaneses llegaron a América del Sur en dos oleadas. La primera corresponde a exiliados cristianos en la segunda mitad del siglo XIX, pero la segunda oleada (la más numerosa en Uruguay) fue posterior a la Primera Guerra Mundial y estuvo vinculada, mayormente, a factores económicos. El exilio armenio, a principios del siglo XX, comparte ciertas similitudes con la primera ola de inmigración siriolibanesa: ambos fueron producto de la violencia interconfesional y étnica del Imperio otomano.

Plano del barrio Nueva Roma, fundado por Francisco Piria en 1879.
Biblioteca Nacional de Uruguay, Colección de mapas y planos.

El auge de la inmigración europea se reflejó en los nombres de varios barrios y calles de Montevideo. Algunas de estas urbanizaciones surgieron por iniciativa de grandes promotores inmobiliarios como Florencio Escardó y Francisco Piria. Las denominaciones escogidas hacían referencia a lugares y personajes históricos de sus países de origen, lo que reforzó la identidad colectiva y los sentimientos patrióticos de los nuevos habitantes de la ciudad. Un ejemplo de ello es el barrio Bella Italia y varias de sus arterias: Milán, Nápoles, Víctor Manuel I, etcétera.

El barrio Nueva Roma fue fundado por Piria en la zona que hoy corresponde a Villa Dolores. Casi todos los nombres originales de sus espacios públicos han cambiado: la plaza Capitolio (hoy Manuel Freire); las calles Cincinato (Francisco de Medina), Héctor Varela (Francisco Bauzá), Scipione (Dolores Pereira de Rossell) y Duilio (Bernardina Fragoso de Rivera). Solo la calle Horacio conserva su denominación inicial. El Tranway del Buceo circulaba por la actual avenida General Fructuoso Rivera.

tuvieron mucho que ver con el surgimiento de barrios periféricos cuyos nombres eran muy significativos: Nueva Roma (cuyo plano comentamos por separado), Humberto I, Nueva Savona, Nueva España o Los Españoles, entre otros, y significaron un destacado aporte a la construcción de la identidad urbana.¹¹

Otro indicio de la relevancia de la inmigración en la configuración

sociocultural montevideana es el fuerte asociacionismo que se desarrolló desde mediados del siglo XIX. Diversas instituciones cumplieron objetivos asistenciales (en materia sanitaria, económica, legal) y también recreativos, solidarios o culturales. Funcionaron como espacios de conservación de la cultura de origen y como facilitadores de la inserción social de los recién llegados.¹² Con el tiempo, algunas adquirieron gran

protagonismo en la vida montevideana: Asociación Española de Socorros Mutuos (1853), Sociedad Francesa de Socorros Mutuos (1854), Sociedad Italiana de Socorros Mutuos (1862), Club Español (1878), Centro Gallego de Montevideo (1879), Círculo Napolitano (1880), Sociedad Euskara de Montevideo (1885), Centro Asturiano (1910), Casa de Galicia (1917), Sociedad Israelita (1920), etcétera.

11 El barrio Humberto I, que hoy es parte de La Unión, incluía las calles Vitrubio y Miguel Ángel, entre otras. A su vez, Nueva Savona se extendía en terrenos que hoy corresponden a los barrios Prado y Atahualpa, sobre el eje de la avenida Millán. El barrio Nueva España lindaba con Nueva Roma y dos de sus calles eran las actuales Francisco de Medina y Provincias Vascongadas. Por último, Los Españoles se situaba dentro del actual Parque Batlle, en el límite con Pocitos. Algunas de sus calles eran Roque Barcia, Méndez Núñez, Gral. Espartero y Lepanto.

12 Carlos Zubillaga, «El asociacionismo inmigratorio español en Uruguay en la mira del franquismo: entre la oposición y el disciplinamiento», en *Revista de Indias*, Madrid, vol. LXIX, n.º 245, 2009, pp. 43-64.

Sin embargo, el incremento de la población del departamento no fue solamente consecuencia de la incorporación de migrantes extranjeros y de una diferencia positiva entre nacimientos y defunciones, sino que la centralidad política, económica y cultural de la capital la convirtió en una gran receptora de migración interna. Para 1889, el 8 % de los habitantes de Montevideo eran uruguayos nacidos en el interior del país que habían migrado a la capital, guarismo aumentó al 14 % en 1908 y al 30 % en 1963, nueva evidencia de la permanente y compleja transferencia humana desde otros departamentos hacia la capital, lo que mereció críticas

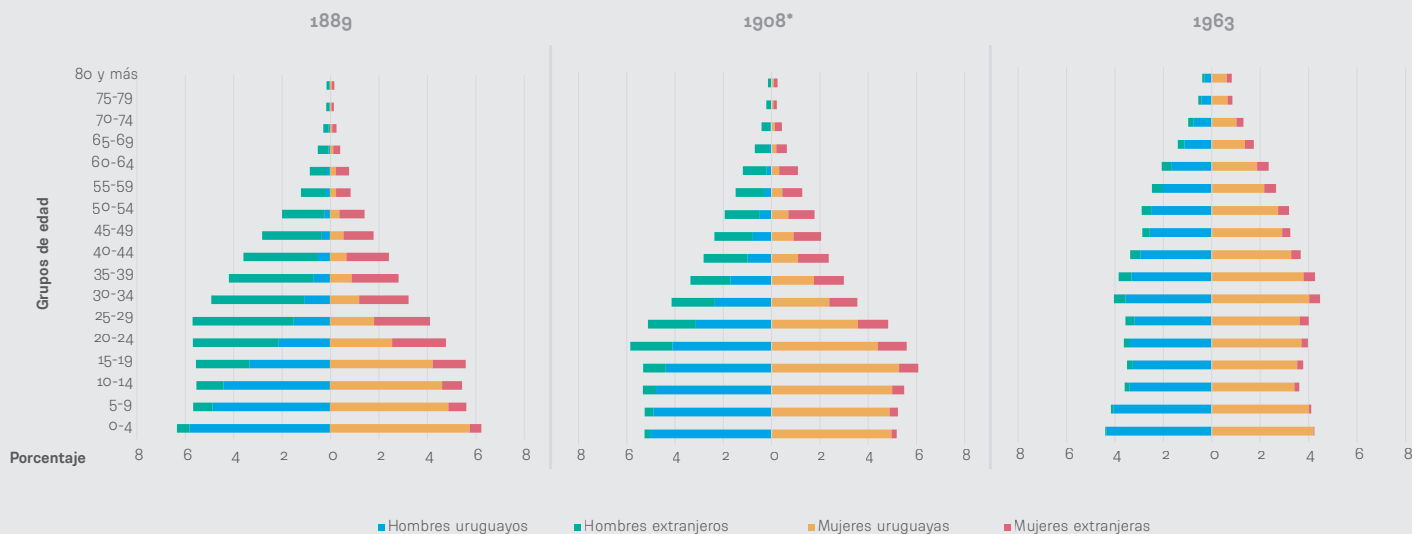
de actores políticos y cientistas sociales.

En el gráfico 3 se observa la estructura por edades y por sexo de la población, reflejo de su dinámica demográfica, en los tres momentos para los que se cuenta con datos censales: 1889, 1908 y 1963. Vemos la evolución desde una población joven, producto de la natalidad y la mortalidad altas; los inicios de la transición demográfica, con cierta reducción de la natalidad y el descenso de la mortalidad de la niñez —cuyo efecto se ve en un leve incremento en los grupos menores de 14 años—, y la profundización a una fase de transición más avanzada, en la que

los descensos de la fecundidad y mortalidad tienden hacia una población que envejecía. Si en 1889 el peso relativo de los menores de 20 años y de los mayores de 65 era de 45 % y 2 % respectivamente, en 1963 representaban el 31 % y el 8 % de la población.

Para 1963 la pirámide de población refleja la disminución del aporte inmigratorio. Si bien se observan los extranjeros que llegaron en las oleadas de las décadas de 1930 y 1950, la mayoría de los jóvenes migrantes que encontramos en la pirámide de 1889 probablemente para esa fecha ya habrían dejado de existir y sus hijos y nietos ya eran uruguayos.

Gráfico 3. Pirámides de población de Montevideo según lugar de nacimiento (uruguayo/extranjero): comparativo entre 1889, 1908 y 1963



(*) Edades quinquenales corregidas.

En estos gráficos la población está desagregada en uruguayos y extranjeros. En la pirámide de 1889 se observa lo impresionante del fenómeno de la migración internacional. Su impacto fue visible en todas las edades, lo que revela la historia migratoria de distintas oleadas, pero se destaca entre los hombres jóvenes, seguramente por tratarse de una migración laboral.

Fuentes: elaboración propia a partir de Junta Económico-Administrativa, *Censo Departamental de Montevideo* (1889); Dirección General de Estadística y Censos, *Censo general de la República en 1908*; Dirección General de Estadística y Censos, *IV Censo de Población y II de Vivienda* (1963).



Instalaciones del Hotel de Inmigrantes, en la Isla de Flores. Año 1921. Autor: fotógrafos municipales. A la izquierda se observa el lazareto; a la derecha, el hospital y el faro. Centro de Fotografía (CdF), Intendencia de Montevideo (IM), Foto 02624FMHGE.

Antes de atracar en el puerto de Montevideo, las naves hacían escala en la isla de Flores. Allí los inmigrantes pasaban una inspección de salud y quienes llegaban con alguna enfermedad debían permanecer aislados en el lazareto inaugurado en 1869. El nombre Hotel de Inmigrantes era, sin duda, un eufemismo que escondía el carácter obligatorio de la cuarentena y su incierta duración.



Dormitorios del Hotel de Inmigrantes, s/f. Archivo Nacional de la Imagen y la Palabra, SODRE. Colección Fitz Patrick

En 1878, el gobierno de Lorenzo Latorre emitió una detallada y rígida normativa sanitaria según la cual «las enfermedades exóticas: fiebre amarilla, *colera morbus*, peste del Levante [bubónica] y tifus, de las grandes aglomeraciones humanas [eran] importables y propagables [y existía] necesidad imperiosa de armonizar en lo posible los intereses del comercio y navegación con los de la salud pública» (Matías Alonso Criado, *Colección legislativa de la República O. del Uruguay*, tomo 7. Montevideo: Manuel Alonso Criado editor, 1881, p. 163). A finales del siglo XIX este hotel pasó a funcionar como cárcel.

El proceso de modernización y el cambio en los comportamientos demográficos

Como ya hemos señalado, hacia finales del siglo XIX y principios del XX se dieron las condiciones propicias para que la sociedad comenzara a adoptar mentalidades y comportamientos *modernos* y, en consecuencia, un cambio en su modelo demográfico, impulsado por un descenso en la mortalidad cuyo inicio se podría ubicar en la década de 1880 o poco antes. A nivel de las familias —cuyos numerosos hijos lograban sobrevivir la niñez—, se generaron paulatinamente respuestas para limitar la natalidad, por lo que, para finales del siglo XIX, esta comenzaba su descenso en la capital.

En ese entonces Montevideo comenzaba a incorporar servicios de infraestructura urbana cuyo impacto sobre la salud de la población resultaría favorable. En efecto, hacia 1880 era la primera ciudad latinoamericana en tener servicio de suministro de agua potable, sistema cloacal y alcantarillado. Al comenzar la década de

1890 la mortalidad rondaba las 15 defunciones cada mil habitantes y se estima que la esperanza de vida al nacer ya superaba los 45 años, y los 48 años para 1908, lo que representaba un valor exitoso para la época.

En este sentido, fue importante la lucha paulatina contra las enfermedades infecciosas y epidémicas. El último azote de cólera duró unos meses entre 1886 y 1887, aunque hasta el final de la primera década del siglo XX fueron recurrentes los brotes epidémicos de viruela, difteria, escarlatina y fiebre tifoidea, entre otras enfermedades. Desde entonces fueron disminuyendo. Ya hacia 1900, como señalan Anne-Emanuelle Birn y Raquel Pollero,¹³ encontramos un consenso médico-político sobre cómo combatir las epidemias con medidas que incluyeron vigilancia, cuarentena, desinfección, inspecciones fronterizas de mercancías y viajeros, aislamiento en lazaretos, notificación

médica obligatoria y vacunación. El Conservatorio Municipal de Vacunas —primer instituto vacinógeno de América Latina—, fundado en 1889, suministró dosis para todo el país. Según el censo de 1908, el 87 % de la población montevideana estaba vacunada contra la viruela (el 61 % en el total del país). Sin embargo, la ley de vacunación y revacunación obligatoria, cuyo proyecto legislativo era de 1892, se aprobó recién en 1911, luego del último brote relevante de viruela de 1910 —que en la capital costó 481 vidas, incluida la del Dr. Gabriel Honoré, presidente del Consejo Nacional de Higiene de la época—. Este rezago se debió a la oposición de dos influyentes movimientos antivacunas, uno centrado en las libertades individuales y el otro que afirmaba que reducir la prevalencia de la viruela provocaría aumentos en otras enfermedades.

Los porcentajes de defunciones por enfermedades transmisibles

13 Anne-Emanuelle Birn y Raquel Pollero, «Public Health in Uruguay, 1830-1940s», en *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. Oxford University Press, 2023.

en el departamento representaron algo menos del 60 % a finales de la década de 1880; promediaron el 45 % en las décadas de 1910 y 1920; cayeron por debajo de 30 % a mediados de década de 1940, y fueron del orden del 10 % hacia 1955. Hay que tener en cuenta que las sulfamidas y los antibióticos, terapéuticos específicos contra enfermedades infecciosas, se desarrollaron entre 1930 y 1940 respectivamente. La disminución de dichas afecciones tuvo su contracara en el aumento del peso relativo en la mortalidad por otras causas, sobre todo el cáncer y las enfermedades circulatorias. Las muertes por tumores, por ejemplo, pasaron del entorno del 5 % en la década de 1890 al 8,5 % en la década de 1920 y al 20 % a mediados de siglo. Este fenómeno, que se denomina *transición epidemiológica*, está asociado también al envejecimiento de la población: a medida que aumenta la esperanza de vida las defunciones se concentran en las

edades más avanzadas, en las que hay más propensión a morir por afecciones cardíacas, crónicas y degenerativas.

El otro cambio demográfico significativo fue el de la adopción paulatina de pautas de comportamiento *modernas* vinculadas a la reproducción —reflejadas en el cambio de las familias y las relaciones entre los sexos—, que derivaron en el descenso temprano de la natalidad. En efecto, se observa una tendencia descendente desde los valores altos de finales de la década de 1880, que superaban los 35 nacimientos cada mil habitantes, a otros por debajo de los 30 por mil en la primera década del siglo xx, los que luego continuaron reduciéndose a un orden del 20 por mil hacia la década de 1960.

Entre los posibles factores explicativos que la bibliografía especializada ha señalado sobre la reducción de la fecundidad al inicio de la transición demográfica

figuran la urbanización; la mayor educación de las mujeres, los cambios en sus roles en las familias y su paulatina incorporación al mercado de trabajo; así como la influencia de la inmigración europea, que actuó como agente de difusión de prácticas de control en los países receptores de migrantes.

Son escasos los elementos con los que contamos para identificar quiénes o qué sectores participaron en este proceso de transición demográfica temprana. A partir de un análisis retrospectivo del censo de 1975, Adela Pellegrino y Raquel Pollero¹⁴ observaron a las mujeres nacidas entre 1896 y 1930 —que habían sobrevivido hasta la fecha del censo— y verificaron la incidencia de factores como la urbanización, la educación y el papel de la inmigración en el descenso de la fecundidad.¹⁵

Entre estas mujeres nacidas a finales del siglo xix y las primeras

14 «Casarse y tener hijos ¿una opción para todas las mujeres?», en Ana María Araujo, Luis E. Behares y Graciela Sapriza (comps.), *Género y sexualidad en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2001, p. 138.

15 En todo el país, las mujeres de origen europeo tuvieron menos hijos que las uruguayas. En Montevideo, la excepción la encontramos en las italianas, que tuvieron más hijos que las nacionales.

Afiche «Los Enemigos de la Tuberculosis». Año 1931. Archivo Nacional de la Imagen y la Palabra, SODRE. Colección Asistencia Pública Nacional.

Dentro de las enfermedades transmisibles o infecciosas, la tuberculosis (en especial la pulmonar) fue la que acumuló mayor número de casos. Según el *Boletín Mensual de Estadística Municipal*, en la década de 1920 ocasionó en Montevideo muchas más muertes que cualquier otra dolencia. Por ejemplo, solo en 1922 fallecieron más de mil personas por esta causa. La vacuna BCG, creada por los científicos franceses Albert Calmette y Camille Guérin, comenzó a utilizarse en 1925. Pese a algunas controversias, desde 1927 su uso se fue imponiendo. Se organizaron campañas que contaron con apoyo publicitario, como muestra el afiche. Estas prácticas generaron un cambio cultural que incluyó la aparición de nuevas expresiones, como la palabra *calmettización*, en alusión al procedimiento vacunatorio. La imagen revela que el aumento de la cobertura antituberculosa requirió de políticas específicas y de organismos que actuaran en forma coordinada: instituciones de salud, personal capacitado y la presencia estatal en los hogares, simbolizada en la figura gigante y protectora de la *visitadora social*.

Los Enemigos de la Tuberculosis

LOS DISPENSARIOS PARA
AFECCIONES RESPIRATORIAS



Si Vd. teme estar contagiado hágase examinar en alguno de ellos.

LA VACUNACION CALMETTE
EN EL NIÑO RECIENTE NACIDO



Evita el contagio. — No ocasiona perjuicio alguno a los niños vacunados.



La Visitadora Social

El Preventorio



Fortifica, evita el contagio o detiene la tuberculosis en su iniciación.



Es el mejor auxiliar del médico.
¡¡Ayúdala!! ¡Seguid sus consejos!

La Casa Maternal



Conjuntamente con la vacunación Calmette es la salvación de la infancia, hija de padres tuberculosos.

El Sanatorio y el Hospital



Curan, alivian. — Salvan del contagio a las familias.

décadas del xx se pudo advertir también un comportamiento particular: se destacan las que tuvieron muchos hijos, pero más aun las que no tuvieron ninguno (gráfico 4). Esta situación predominó entre las solteras, pero también se observa entre las que estuvieron casadas o alguna vez en unión libre. Es posible que ello se deba a comportamientos relacionados con las normas sociales de formación de parejas (matrimonios tardíos) o a decisiones de evitar la reproducción aún dentro de la unión conyugal. Los ginecólogos de la época, en especial Augusto Turenne, señalaron incansablemente la extensión de la práctica del aborto entre las mujeres. A medida que avanzó el siglo y progresó la transición demográfica, siguieron disminuyendo las proporciones de mujeres

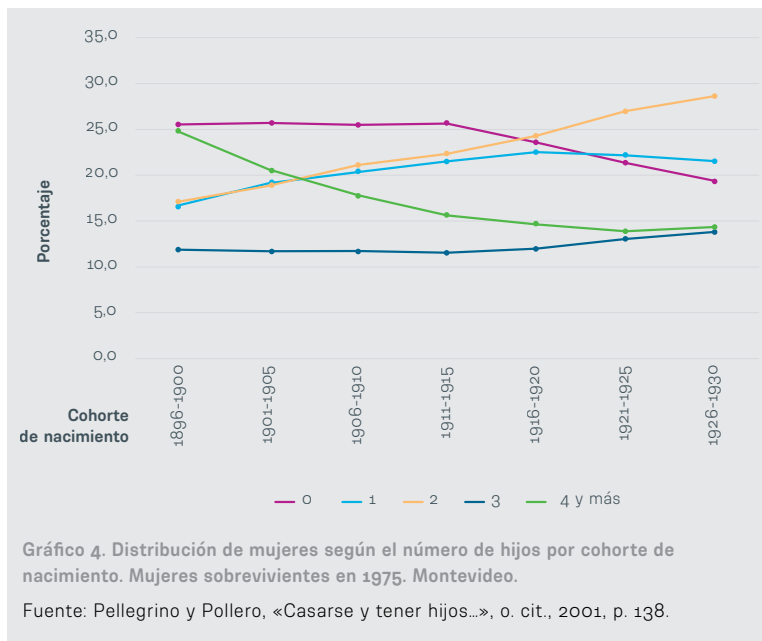


Gráfico 4. Distribución de mujeres según el número de hijos por cohorte de nacimiento. Mujeres sobrevivientes en 1975. Montevideo.

Fuente: Pellegrino y Pollero, «Casarse y tener hijos...», o. cit., 2001, p. 138.

sin hijos y con muchos hijos, y se consolidó el modelo de familia de dos hijos. Todos estos elementos, en su complejidad, son pruebas

de la difusión de una racionalidad diferente que impactó en la estructura familiar.

Izquierda: Juan Arrosa y familia, s/f. Archivo Nacional de la Imagen y la Palabra, SODRE. Colección Fitz Patrick.

Derecha: Familia Savi Domínguez. Año 1926. Archivo privado. Imagen recuperada por Fabiana Solari y Marcio Souza en el marco del proyecto «Cuenta la ciudad desde tu barrio-La Blanqueada». Agradecemos a Eliana Chichet la cesión de esta fotografía.

Los cambios socioeconómicos y culturales del siglo XX influyeron en las decisiones reproductivas de las personas y familias. Así, la familia numerosa, predominante hasta principios de ese siglo, fue reemplazada gradualmente por la preferencia del modelo de dos hijos, más acorde con las nuevas realidades.



Algunos cambios sociales producidos entre 1880 y 1960

En términos materiales, durante todo el siglo XIX y los primeros años del XX, Montevideo fue una ciudad habitada por personas que eran, en su gran mayoría, pobres o muy pobres. Se han hecho variados intentos de clasificación y de cuantificación de los sectores alto, medio y bajo, con distintos resultados. Sin embargo, según la síntesis de Nicolás Duffau y Adela Pellegrino,¹⁶ los estudios concuerdan en un punto clave: en aquellos años, no menos del 80 % de la población montevideana pertenecía a los llamados *sectores populares*, o, si se prefiere, a la suma de sectores bajos y medio-bajos. Otro 15 %, aproximadamente, correspondería a sectores medios y medio-altos, mientras que un exiguo 5 % es el que corresponde a personas de posición socioeconómica alta.

La franja mayoritaria era muy diversa: empleados de comercio, burocracia de menor jerarquía, numerosos cuentapropistas con

ingresos medios y bajos (por ejemplo, poseedores de oficios o profesiones), obreros fabriles y servicio doméstico. El grueso de los inmigrantes se incorporó a este segmento de la sociedad y, dado que no se estimulaba la radicación rural, se instaló sobre todo en Montevideo.

Otra tendencia clave en este contexto fue la concentración urbana, y sobre todo capitalina, de la actividad industrial. En ese contexto, el aporte inmigratorio fue decisivo en el crecimiento del proletariado y sus organizaciones sindicales, así como en la formación de la clase media uruguaya.

Pero junto a las informaciones sobre diferentes formas de integración, es preciso considerar otras que reflejan las dificultades existentes. Durante el primer tercio del siglo XX abundaron los comentarios de prensa y las acciones de empresarios y organismos de Gobierno contra grupos de

inmigrantes, sobre todo italianos y españoles, por el peligro que sus consideradas *ideologías disolventes* (anarquismo y socialismo) suponían para la *idiosincrasia nacional* y para los trabajadores uruguayos a los que, según esas voces, les quitaban puestos de trabajo. Durante la dictadura de Gabriel Terra (1933-1938) estas ideas llegaron a traducirse en proyectos concretos de control y de expulsión de personas.

Dentro de ese contexto cabe situar otro hecho: el proceso de *blanqueamiento* social impulsado desde finales del siglo XIX a través de relatos (promovidos incluso por autoridades educativas) según los cuales la población carecía casi por completo de elementos de raíz indígena o africana. Investigaciones recientes muestran que una parte fundamental del relato sobre la *excepcionalidad uruguaya* pasaba por invisibilizar a determinados grupos y difundir la

¹⁶ «Población y sociedad», en Gerardo Caetano (coord.), *Uruguay. Reforma social y democracia de partidos*. Colección América Latina en la historia contemporánea. Tomo II: 1880/1930. Montevideo: Planeta-Fundación MAPFRE, 2015, pp. 187-235.



Conventillo del Mediomundo, en la calle Cuareim (actualmente Zelmar Michelini) 1080. Año 1954. Autor: Ferruccio Musitelli. CdF, IM 0281- 03c_00FFPM

Durante más de un siglo, entre las décadas de 1880 y 1990, los censos no recogieron información sobre el perfil étnico de quienes habitaban Uruguay. Sin embargo, relevamientos más sistemáticos de los últimos treinta años permiten conocer mejor la historia reciente de la población afrodescendiente, pero sabemos mucho menos sobre su recorrido anterior. Este hecho reforzó ciertos lugares comunes y algunas miradas estáticas sobre la problemática afro. Un ejemplo: según la historiadora Natalia Stalla, «en Barrio Sur y en Palermo, barrios tradicionalmente considerados espacios de fuerte concentración de la población afrodescendiente, su proporción no es particularmente importante», como sí ocurre en otras zonas periféricas. En ambos barrios costeros «se ha evidenciado un proceso de segregación residencial, en especial desde la década del noventa, producto del encarecimiento de la zona». Diversos desalojos y realojos agravaron el cuadro de pobreza característico de esta población («Afrodescendientes y africanos en el Uruguay actual: múltiples identidades», en Ana Frega, Nicolás Duffau, Karla Chagas y Natalia Stalla (coords.), *Historia de la población africana y afrodescendiente en Uruguay*, Montevideo: FHCE, Universidad de la República-mides, 2020, pp. 35-36).

Son emblemáticos los ejemplos de Mediomundo y Ansina, dos conventillos (viviendas de inquilinato) construidos a finales del siglo XIX, desalojados y demolidos entre 1978 y 1982. Ambos espacios reunían varios centenares de moradores; gran parte de ellos fueron reinstalados en zonas alejadas —Capurro, Cerro Norte u otras—, donde debieron enfrentar numerosos problemas habitacionales, laborales y de inserción territorial.

Año	Administración central	Entes autónomos	Intendencia de Montevideo	Otras intendencias
1911	25.017	478	1.402	610
1950	68.559	35.354	9.916	5.595
Incremento	174 %	7296 %	607 %	817 %

Tabla 2. Funcionarios de la Administración central, Entes autónomos, Intendencia de Montevideo y otras intendencias, 1911 y 1950: cantidades e incremento

Fuente: Benjamín Nahum (coord.), *Estadísticas históricas del Uruguay, 1900-1950*, tomo 1. Montevideo: Universidad de la República, 2007, p. 228.

Año	1872	1908	1922	1940	1960
Escuelas públicas	58	83	108	169	193
Escuelas privadas	54	s/d	118	97	176
Total de escolares*	10.000	17.000	49.500	78.700	129.600

Tabla 3: Número de escuelas (públicas y privadas) y evolución de la matrícula en Montevideo hasta 1960

(* Cifras aproximadas.

Fuentes: *Boletín Mensual de Estadística del Departamento de Montevideo*, varios años; Nahum (coord.), o. cit., 2007; *Anuarios Estadísticos* (años respectivos); Perfecto López Campaña (dir.), *El libro del Centenario del Uruguay*. Montevideo: Capurro y Cía., 1925.

imagen de una sociedad homogénea en términos étnicos.¹⁷

La bonanza económica de la segunda posguerra mundial fue factor primordial para que las clases medias definieran con mayor precisión sus perfiles y, sobre todo, su peso en la sociedad. Entre varios factores que explican su

desarrollo destacamos la mejora de los ingresos y la expansión de sectores como la industria, las finanzas, la enseñanza y, de manera muy notoria, la esfera estatal. En efecto, a mediados de la década de 1940 había aproximadamente 100.000 empleados públicos en todo el país, cifra que ascendió a

120.000 a comienzos de los años cincuenta.

Tras el cambio de siglo se profundizaron varias transformaciones de corte modernizador en el sistema educativo, que recibió la impronta del primer batllismo (1903-1929). En general, todas ellas apuntaron —con mayor o menor acierto— a reducir o a eliminar disparidades entre los sectores populares y la elite socioeconómica; entre mujeres (que fueron incrementando de manera sostenida su presencia en el mundo laboral y educativo) y varones; entre ciudad y campo, o bien, más específicamente, entre Montevideo y el resto del país.

En este período se percibieron con mayor claridad los efectos de la reforma escolar impulsada por José Pedro Varela y establecida por el Decreto-ley de Educación Común de 1877. La iniciativa se vio favorecida por el cambio demográfico y fue, al mismo tiempo, un complemento de este. Predominaba la convicción de que era necesario extender la

¹⁷ Frega, Duffau, Chagas y Stalla, o. cit.

Escuela Brasil, en la esquina de Avenida Brasil y 26 de Marzo. Año 1918. Foto:
autor desconocido. CdF, IM. 01945FMHGE.



educación primaria, fomentar los hábitos de estudio y trabajo, la paz social, el desarrollo integral del país y la erradicación de antiguas formas *incivilizadas* de relacionamiento. Para la mayor parte de los sectores dirigentes ninguna transformación importante se podría llevar a cabo sin un buen sistema escolar. Poco más tarde, este diagnóstico se extendería a los demás niveles educativos, que también fueron objeto de trascendentes modificaciones.

A nivel de enseñanza primaria, la reforma vareliana fue complementada por una serie de medidas e innovaciones entre las que se encuentran la fundación de los institutos de formación docente para mujeres (1882) y varones (1891), unificados en la década de 1930 como Institutos Normales de Montevideo; la creación del primer jardín de infantes (fundado por Enriqueta Compte y Riqué en 1892), de la primera escuela al aire libre (1913) y del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal (1918). Las cifras de la tabla 3 muestran que el impacto de la

reforma escolar fue evidente luego del cambio de siglo.

Se puede advertir que tanto la cantidad de establecimientos, con altibajos en el caso de los privados, como el volumen del alumnado aumentaron en forma sostenida. Este tuvo un importante incremento en la muy heterogénea área de la educación privada. Varias razones lo explican, entre ellas la expansión de las clases medias en la primera mitad del siglo XX y el rechazo de un sector de la población al laicismo batllista.

La enseñanza secundaria, muy poco desarrollada en el siglo XIX, creció notablemente en las décadas siguientes. En 1882 existían solo nueve establecimientos dedicados a esta rama de la educación, todos ellos privados: siete estaban en la capital (dos eran gratuitos), uno en Salto y otro, en San José. El número de estudiantes llegaba a 621 en todo el país, de los cuales 557 (casi el 90 %) cursaban en Montevideo. Como respuesta a las necesidades básicas (consecuencia del crecimiento

poblacional) y a la mayor complejidad social, se introdujeron cambios en el sistema educativo: en 1885, la nueva Ley Orgánica de la Universidad incorporó los estudios secundarios a su estructura, hasta la creación del Consejo de Enseñanza Secundaria en 1935.

En 1912 comenzaron a fundarse liceos departamentales (los dos primeros de Montevideo nacieron en 1916) y se habilitó la Sección Secundaria femenina. Cuatro años después se implantó la gratuidad de los estudios públicos en los niveles medio y superior, y en 1918 se crearon los liceos nocturnos. También se buscó fortalecer la enseñanza técnica con la incorporación de la vieja Escuela de Artes y Oficios —fundada en 1878— al Ministerio de Industria, Trabajo e Instrucción Pública.

Al igual que en el nivel primario, la educación media acusó el impacto de los grandes cambios que atravesaba la sociedad montevideana y la uruguaya en general, por lo que se impuso el criterio de ampliar la cobertura liceal con un carácter más inclusivo y

Sección Secundaria de la Universidad de la República (actual sede del Liceo n.º 35, Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, IAVA). Año 1918. Foto: autor desconocido. CdF, IM. 01942FMHGE.

La importancia asignada a la educación pública entre finales del siglo XIX y comienzos del XX también se evidenció en las características de los edificios construidos con fines educativos, para los cuales se preveía el desarrollo de una arquitectura específica. En aquella ciudad, que aún tenía pocas construcciones de gran porte, se levantaron escuelas y edificios universitarios monumentales en los que se combinaban estilos arquitectónicos tradicionales y modernistas. Algunos técnicos de la época, como el inspector Nacional de Instrucción Primaria, Abel Pérez, reclamaron que las escuelas tuvieran como único lujo «la luz amplísima dentro de las leyes pedagógicas preestablecidas» y «el aire purificador» de los espacios interiores, porque en aquellos «viveros de los futuros ciudadanos de una sincera democracia» solo debía predominar «la igualdad civil que consiste en tratar a todos por igual» («Memoria de Instrucción Primaria», año 1907, citada en María Julia Gómez, *Arquitectura para la educación. Edificios escolares del novecientos*. Montevideo: FARO, Universidad de la República, 1998, pp. 39-40).



generalista, abandonando la vieja concepción de que estos estudios fueran únicamente preparatorios de carreras universitarias. Así, en 1959 Montevideo tenía 15 liceos públicos, incluyendo la Sección Femenina, y entre 1935 y 1960, la matrícula estudiantil aumentó un 457 % (de 5674 a 31.586 alumnos)

En concordancia con este proceso, la Universidad de la República

—que hasta muy avanzado el siglo XX tenía sede solo en Montevideo— también creció y se transformó en este período. Sus primeras facultades fueron reestructuradas y se crearon otras vinculadas a las áreas principales de la economía uruguaya (Veterinaria, Agronomía, Ciencias Económicas) y a nuevas dimensiones del saber humanístico y científico (Arquitectura, Ingeniería, Humanidades y

Ciencias, etc.). El cambio fue también arquitectónico: en una ciudad que crecía demográfica, económica y urbanísticamente, se levantaron *palacios universitarios* como los de Medicina, Derecho, Veterinaria y la Sección Secundaria (donde en la actualidad funciona el Liceo IAVA).

Entre retrocesos y nuevos fenómenos: la población montevideana desde 1960 hasta nuestros días

El período que analizaremos en último lugar se caracterizó por novedosos y profundos cambios. Por razones que expondremos, la población dejó prácticamente de crecer y comenzó un proceso de marcado envejecimiento. También veremos que en las últimas décadas se han producido algunas modificaciones notables en cuanto al rol de las mujeres en la sociedad y las características de los procesos migratorios. Asimismo, se profundizaron las desigualdades sociales

y, como correlato de ellas, las disparidades entre distintas zonas de la ciudad, al tiempo que se expandió la red de servicios sanitarios y educativos, con un aumento del número y de la diversidad de ofertas institucionales.

Montevideo tenía en 1963 algo más de 1.200.000 habitantes y poco menos de 1.320.000 en 2011. La población en estos 48 años creció casi un 10 % (a efectos comparativos, recordemos que

entre 1930 y 1963 había aumentado un 83 %). Si observamos el gráfico 1 vemos que no solo se desaceleró el crecimiento, sino que desde 1996 decreció la población, algo que no se veía desde las luchas por la independencia. Mientras que en 1963 la población montevideana representaba el 46 % del total del país, para 2011 el departamento reunía el 40 %.

¿Qué factores incidieron en estas retracciones? Principalmente, una

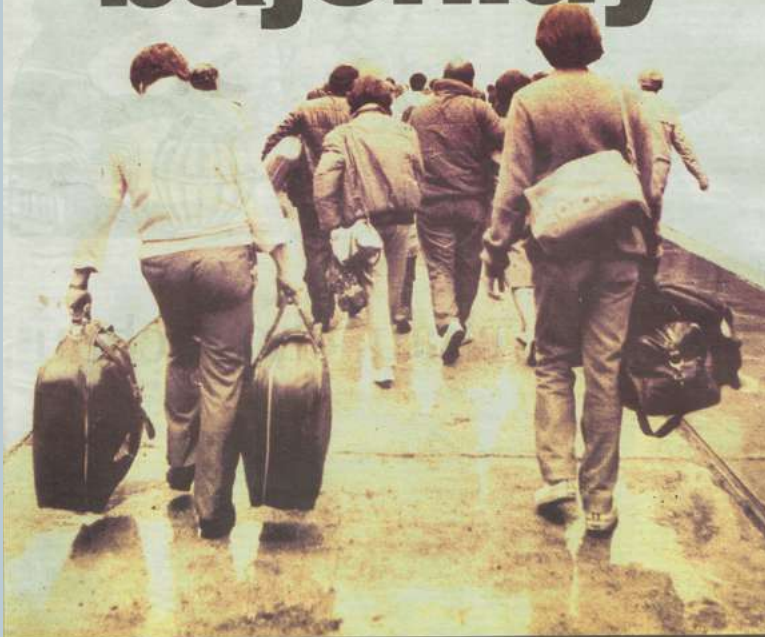


Brecha

ARG-13-MYED-MONTEVIDEO, 11/08/2007/2008-EDICIÓN DE 44 PÁGINAS-URUGUAY \$45-ARGENTINA 14

La emigración, un síntoma

bajón.uy



Integrador Tecnológico

Tel.: 902-7000


ARNALDO C. CASTRO S.A.
servicio@arnaldocastro.com.uy



Nuestro Mejor Producto
SERVICIO

Servidores @ Tecnología @ Internet @ Capacitación @ Redes - Cableado @ Conocimiento

Portada del semanario *Brecha*,
Montevideo, 18 de agosto de
2000. Foto: autor desconocido.
Agradecemos al semanario la cesión
de esta imagen.

En una publicación de 2005,
Adela Pellegrino y Andrea Vigorito
señalaban que los emigrantes
uruguayos, en su mayoría hombres
y adultos jóvenes provenientes
de Montevideo, concentraron sus
destinos en cuatro lugares: Estados
Unidos (33,3 %), España (32,6 %),
Argentina (8,5 %) e Italia (4,7 %).
«Esta distribución geográfica es muy
diferente de la observada entre los
emigrantes de la década de 1970.
En ese período, el 50 % se dirigió a
Argentina, 11 % a Estados Unidos, 7,4
% a Australia, 7,2 % a Brasil y 4,8 % a
España». Las investigadoras estiman
que la cantidad de emigrados
entre 1999 y 2004 se aproximó a
108.000 personas (*La emigración
uruguaya durante la crisis de 2002*.
Montevideo: Iecon, FCEA, Universidad
de la República, Serie Documentos
de Trabajo, 2005, pp. 9-12 y 20).

profundización del descenso de la fecundidad (a lo que nos referiremos más adelante) y cambios significativos en la migración internacional y la movilidad interna.

A partir de la década de 1960, después de más de un siglo, se revirtió la tendencia positiva del saldo migratorio. ¿Qué explica este fenómeno? Por un lado, se detuvieron las corrientes inmigratorias europeas, y, por otro, se incrementaron las tasas de emigración. Hasta entonces, si bien siempre había existido emigración —ya fuera por el retorno de extranjeros a sus países de origen o por la salida de uruguayos hacia países vecinos—, el volumen de la población que llegaba permitía mantener saldos positivos.

A finales de la década de 1950 inició en Uruguay una prolongada

crisis económica que provocó el deterioro en las condiciones de vida, el aumento de la tensión social y una mayor conflictividad política. En este clima de creciente inestabilidad y violencia, el golpe de Estado de junio de 1973 marcó un punto de inflexión que derivó en 12 años de dictadura civil-militar. La emigración, que provino entre el 50 % y el 60 % de Montevideo, fue una de las alternativas de la sociedad ante la crisis económica y la represión política. Entre 1963 y 1975 la ciudad y el departamento perdieron aproximadamente un tercio de sus jóvenes de 20 a 29 años, un quinto de sus profesionales, técnicos y cuadros administrativos superiores y casi el 35 % de los trabajadores de la industria.¹⁸

Si bien la emigración tuvo su auge en la década de 1970, la salida del país de uruguayos continuó luego

de reinstalada la democracia: las demógrafas Wanda Cabella y Adela Pellegrino han estimado que entre 1963 y 2004 emigraron alrededor de 584.000 uruguayos.¹⁹ Si a esto le agregamos estimaciones hasta 2011, los emigrados ascenderían a cerca de 680.000. La evidencia, entonces, consolida a la emigración como un fenómeno estructural.

Hubo otros dos fenómenos a destacar. Por un lado, el retorno de uruguayos sobre todo de Argentina, España y, en menor medida, de Estados Unidos tras la restauración democrática.²⁰ Alrededor de un 67 % serían originarios de Montevideo o se radicaron en la capital a su regreso al país.²¹ Por otro lado, la novedad, cualitativamente muy importante, de la llegada de muchos inmigrantes latinoamericanos de países no fronterizos. Si en la década

18 César Aguiar, *Uruguay, país de emigración*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1982, p. 69.

19 *Una estimación de la emigración internacional uruguaya entre 1963 y 2004*. Documentos de Trabajo, 70, Montevideo: UM, PP, FCS, Universidad de la República, 2005.

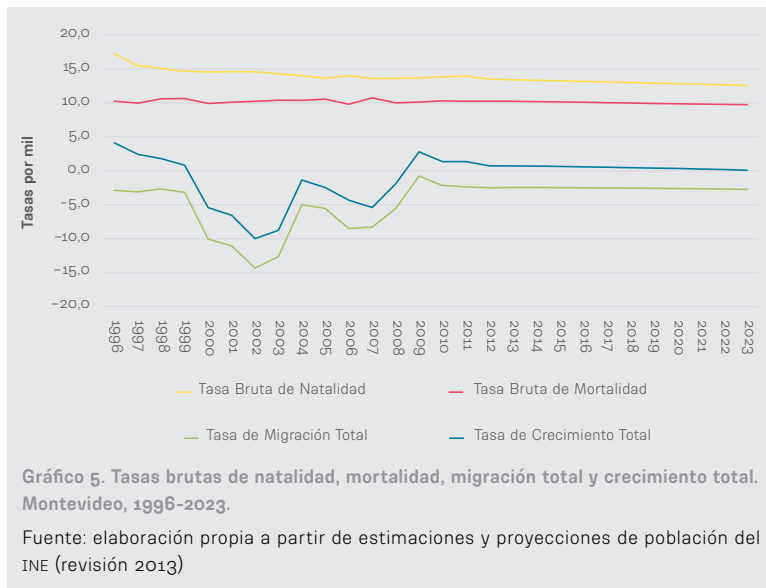
20 A partir de las encuestas continuas de hogares (ECH), Martín Koolhaas ha estimado el stock de retornantes recientes (hasta cinco años de la fecha de la encuesta) entre 1996 y 2019. Salvo 2011 y 2012 que representan el 1 %, para el resto de los años los valores son inferiores al 1 % (Martín Koolhaas, *Retorno y reintegración de personas uruguayas: el caso de España*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, opción Estudios de Población, Montevideo: FCS, Universidad de la República, 2022, pp. 50-51).

21 Estimación a partir de datos de la Encuesta Continua de Hogares 2021, disponibles en el Observatorio de Movilidad, Infancia y Familia en Uruguay (OMIF).

13.ª Fiesta de las Migraciones, Museo de las Migraciones Muralla Abierta, Ciudad Vieja. Noviembre de 2023.
Foto: Javier Calvelo / Municipio B / adhocFOTOS.

En las últimas décadas los flujos de inmigrantes latinoamericanos renovaron el stock de extranjeros. Venezolanos, cubanos y dominicanos son las colectividades más importantes. La integración de estos nuevos inmigrantes representa un importante enriquecimiento para el tejido cultural de nuestra sociedad. La confluencia de diferentes tradiciones y costumbres crea un mosaico de coloridas expresiones artísticas y gastronómicas que revitaliza y amplía el horizonte cultural de la ciudad..





Cuba (la más reciente). De acuerdo a la ECH de 2021, un 70 % de estos inmigrantes recientes se concentran en Montevideo, donde tienen mayores oportunidades de trabajo.²²

En las últimas décadas ha cambiado la dinámica de la migración interna del país. La menor afluencia de personas de otras regiones de Uruguay hacia Montevideo, la expansión de la ciudad hacia áreas periféricas de Canelones y San José y el incremento de la población de Maldonado y la costa rioplatense son algunos factores que explican el decrecimiento de la población montevideana.

de 1990 los protagonistas fueron migrantes peruanos, en los últimos años se ha dado un aumento

sostenido de personas provenientes de República Dominicana, Venezuela (la más voluminosa) y

Efectos de la transición demográfica: una población cada vez más longeva y con menos hijos

Desde mediados del siglo XX se ha considerado al Uruguay como un país de baja fecundidad. En las décadas de 1960 y de 1970 las mujeres tenían en promedio tres hijos, cantidad que se redujo a 2,5

desde mediados de la década de 1980. El final del siglo XX y las primeras décadas del XXI estuvieron marcadas por la profundización del descenso de la fecundidad en el país y en Montevideo. La

bibliografía demográfica ha interpretado a la caída de la fecundidad como resultado de cambios socioculturales vinculados a la Segunda Transición Demográfica (Recuadro de página 10), uno de

22 Estimación a partir de datos de la ECH de 2021 en el OMIF.

los cuales es la emancipación de la mujer y su cuestionamiento a los roles tradicionales de género.

Entre 1975 y 2022, la fecundidad montevideana se redujo a la mitad. Los nacimientos bajaron de 24.885 a 12.753. El promedio de hijos por mujer cayó de 2,4 a 1,25 (gráfico 6). Así, adelantada 7 años a los valores nacionales, desde 1997 Montevideo está por debajo del nivel de reemplazo poblacional.²³

Hasta inicios del siglo XXI era posible identificar una importante diversidad de los comportamientos reproductivos en los distintos sectores sociales. De acuerdo al análisis de los datos del censo de 2011, las mujeres de 45 a 49 años (sobre el final de su vida fértil) de los barrios de la costa sureste presentaban los niveles de fecundidad más bajos (promedio de hijos tenidos inferior al 1,7), mientras que, en los barrios del

cinturón periférico, donde residen las personas con mayores carencias, aumentaba a un promedio de 3 hijos.²⁴ Lo mismo sucedía entre las madres adolescentes: las de 19 años eran menos del 10 % desde el Centro-Barrio Sur hasta Carrasco, mientras que los lugares más alejados de la costa duplicaban o triplicaban ese umbral. El valor más alto correspondía a Casavalle, con un 38,8 %.

El mismo análisis se extendió a los años de escolarización, ya que está ampliamente documentada la vinculación entre fecundidad y educación. Se constató que las mujeres de 45 a 49 años que cursaron 13 y más años de estudio tuvieron en promedio un hijo y medio menos que aquellas que contaron hasta 6 años de estudio (1,61 frente 3,11 hijos en promedio).

Resultados más recientes evidencian que en el último decenio la

reducción de la fecundidad se ha profundizado rápidamente. Entre 2015 y 2022 el promedio nacional se precipitó un 35 %, lo que lleva al Uruguay a integrarse al grupo de países con menor fecundidad del mundo, con un promedio de 1,28 hijos por mujer para esta última fecha.

A la espera de los resultados finales del censo de 2023, las estimaciones para Montevideo del demógrafo Ignacio Pardo también muestran una sustantiva reducción del 35 %, y sugieren una progresiva convergencia entre los sectores sociales. Es probable que esta coincidencia se dé más en el número de hijos que en la edad de las madres primerizas. Si bien el retraso en la edad de las mujeres al tener su primer hijo es una característica propia de los sectores más educados, vale destacar que entre 2015 y 2022 la tasa de fecundidad adolescente se redujo

23 Se considera que una población está por debajo del nivel de reemplazo poblacional cuando el promedio de hijos por mujer es inferior a 2,05. Si hacia 1975 las mujeres montevideanas tenían en promedio medio hijo menos que las del interior, con el paso del tiempo la brecha se redujo y hoy los valores prácticamente convergen.

24 Carmen Varela Petito, Ignacio Pardo, Cecilia Lara, Mathías Nathan y Mariana Tenenbaum, «La fecundidad en el Uruguay (1996-2011): desigualdad social y diferencias en el comportamiento reproductivo», en Juan José Calvo (coord.), *Atlas sociodemográfico y de la desigualdad del Uruguay*. Fascículo 3. Montevideo: INE, 2014.

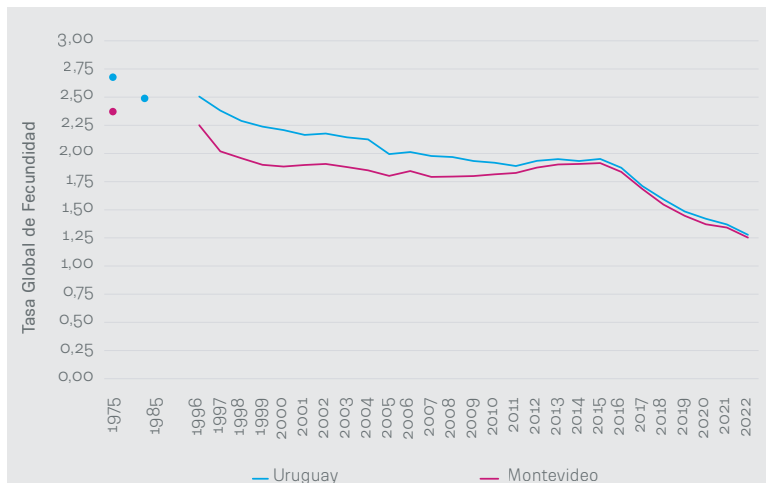


Gráfico 6. Tasa global de fecundidad. Montevideo y total del país, 1975-2022.

Fuente: 1975: censo (INE) y nacimientos MSP; 1996-2010 INE; 2011-2022 estimaciones del Programa de Población (FCS, Universidad de la República) a partir de nacimientos del MSP y de proyecciones del INE.

en un 63 %. Este impresionante descenso se relaciona seguramente con la difusión de la oferta anticonceptiva —en particular los implantes subdérmicos—, que el sistema de salud público departamental y nacional suministra de forma gratuita.

Además de los cambios propios de la segunda transición demográfica vinculados a la fecundidad,

también se han identificado otros referidos a la nupcialidad. En 1975, el 7,8 % de los hombres y el 6,9 % de las mujeres de entre 30 y 34 años que vivían en pareja lo hacían en unión libre. Para 2010, los valores dentro de ese grupo se habían incrementado de manera espectacular: 56 % de los hombres y 51 % de las mujeres convivían en esa forma de arreglo familiar. En 2022, los porcentajes llegaron

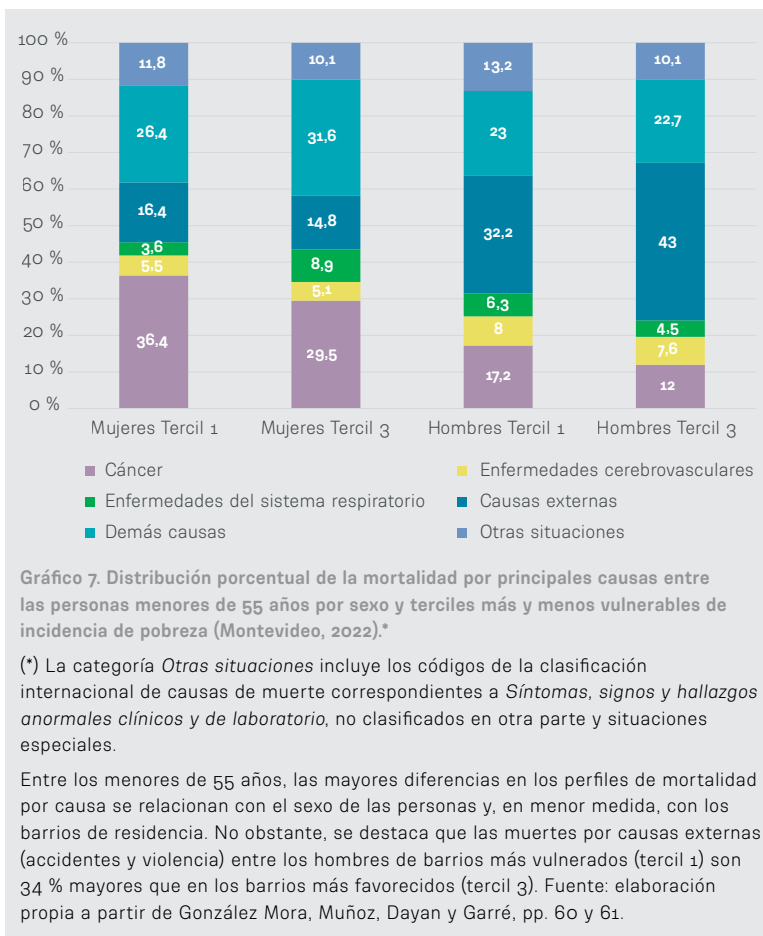
al 73 % y al 66 % de hombres y mujeres respectivamente, lo que evidencia un cambio considerable en la valoración del matrimonio.²⁵ La expansión de las uniones libres surge como una preferencia de las generaciones jóvenes y abarca a todos los sectores sociales. Asimismo, otro fenómeno a destacar es el impacto del reconocimiento de los derechos de la diversidad sexual en las configuraciones familiares.

Por su parte, durante la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI la mortalidad continuó su proceso descendente. Ello se refleja directamente en las ganancias de años de esperanza de vida: a finales de la década de 1950, la esperanza de vida al nacer de ambos sexos en Montevideo no llegaba a los 70 años, mientras que, hacia 2019, era de 78 años (74 para los hombres y 81 para las mujeres). Asimismo, la mortalidad infantil, que para 1950 se cobraba la vida de 53 menores de un año cada 1000 nacimientos, se redujo a un dígito a partir de 2009

25 Las estimaciones de 2010 y 2022 fueron calculadas por el sociólogo Santiago Pelufo a partir de datos de la ECH del INE.

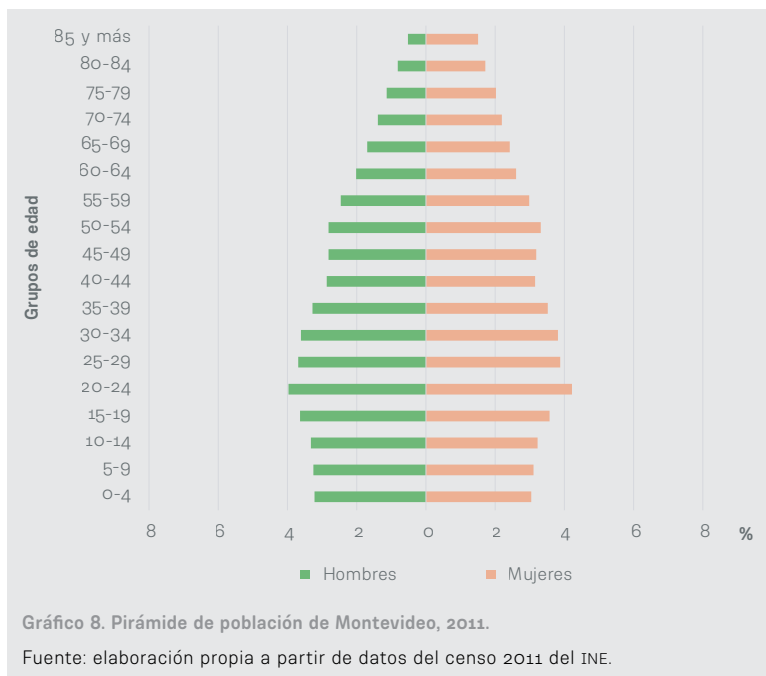
y continuó su tendencia descendente llegando a 5,9 defunciones infantiles cada 1000 nacimientos en 2022.

El éxito de la lucha contra las enfermedades transmisibles en las décadas de 1940 y 1950 tuvo como correlato —como ya dijimos— el aumento de la importancia de las no transmisibles —en particular del cáncer y de las afecciones cardiovasculares—, un efecto característico de la llamada *transición epidemiológica*. Así, a mediados de la década de 1950 las enfermedades transmisibles eran responsables del 10 % de las muertes, proporción que se redujo a 2,5 % en 2019.²⁶ Como contraparte, el peso relativo de las muertes por cáncer y por enfermedades circulatorias creció a lo largo de la segunda mitad del siglo XX para revelar una tendencia descendente en lo que va del siglo XXI. Los tumores, que representaban el 20 % de las defunciones a mediados del siglo XX, aumentaron al 25 % para finales del siglo y se



redujeron al 21 % hacia 2022. Las enfermedades cardiovasculares, que prácticamente se duplicaron en igual lapso (del 18 % al 35 %),

²⁶ La excepción a esta tendencia se dio en 2021, cuando las defunciones por enfermedades transmisibles aumentaron al 15 %, y entre ellas, el 88 % (5524 muertes) se debieron a la pandemia de COVID-19.



descendieron de un modo muy significativo en lo que va del siglo XXI, cayendo al 22 % para 2022.

Desde una forma diferente de analizar la mortalidad

montevideana actual, un informe de Franco González Mora, Matías Muñoz, Víctor Dayan y Laura Garré propone una aproximación a los patrones de desigualdad respecto a la mortalidad de 2022, a partir

de un análisis socioterritorial del departamento (gráfico 7).²⁷ De acuerdo a estos autores, las tasas de mortalidad en barrios con mayor incidencia de pobreza es aproximadamente 8 veces mayor entre los menores de 15 años; 2,6 veces mayor en el tramo de 15 a 34 años, y se duplica entre los 35 a 54 años.

La evolución de la dinámica demográfica que hemos revisado en este apartado, principalmente con el fenómeno emigratorio y los descensos de la fecundidad y la mortalidad, se refleja en una población envejecida, en la que la franja etaria de 60 años y más comienza a superar a la de los menores de 15 años. Si en el censo de 2011 estos representaban el 20 % y 19 % respectivamente, es probable que los resultados del censo de 2023 revelen la agudización de estas diferencias.

27 *Informe de mortalidad por enfermedades del sistema circulatorio en el Uruguay*, Montevideo: Área Epidemiología y Estadística, Comisión Honoraria para la Salud Cardiovascular, 2022. Los autores proponen una regionalización propia de Montevideo en terciles de barrios según nivel de incidencia de la pobreza. La fuente de datos utilizada es la ECH del INE DE 2022. «El tercil 1 conforma una región que agrupa principalmente a los barrios de la costa capitalina y la zona céntrica hasta el barrio Prado. El tercil 3, concentra a los barrios de la periferia montevideana del oeste, norte y noreste. El tercil 2 es una zona intermedia que agrupa a los barrios restantes.» (p. 51).

Desde 1960 hasta nuestros días: seis décadas de transformaciones socioculturales

Antonio Grompone, fundador y primer director del Instituto de Profesores «Artigas», dijo en 1963 que «en número, en actividad económica, mentalidad, problemas, ideales, el Uruguay es un país de clase media».²⁸ La afirmación es discutible, pero nos acerca a la imagen que la sociedad de ese entonces tenía de sí misma.

Como ya señalamos, el departamento tenía casi 1.200.000 habitantes en 1963. De estos —según el sociólogo Alfredo Errandonea—, el 2 % (24.000 personas) pertenecía a los sectores altos —grandes productores agropecuarios, industriales y comerciantes, empleados públicos y privados de alta jerarquía—.²⁹ Otro 47 % (578.000) correspondía al multiforme segmento de clases medias —propietarios rurales, industriales, agricultores y comerciantes de niveles medio y bajo, funcionarios intermedios, empleados en general, técnicos, docentes, profesionales y otros—.

Cerca del 50 % (600.000 habitantes) conformaba el sector más bajo —trabajadores independientes, jornaleros, obreros, servicio doméstico, personal policial o militar de bajo rango, trabajadores informales y personas vulneradas socioeconómicamente—.

Aunque faltan datos estadísticos, abundan los testimonios sobre la desigualdad con base étnico-racial de la estratificación: casi la totalidad de la población afrodescendiente figuraba en el último grupo y estaba empleada en tareas con menor remuneración y valoración social (servicio doméstico, peonaje, changas de distinto tipo).

Las desigualdades tuvieron que ver, también, con el notable deterioro del poder adquisitivo de los salarios. Este indicador y el nivel de empleo dicen mucho sobre las condiciones de vida de los sectores medios y bajos. En 1974, había un 8,1 % de desocupación en

Montevideo; que creció al 12,8 % en 1976, descendió al 6,6 % entre 1980 y 1981 —como consecuencia del aumento de las obras públicas y de la constante emigración—, y se disparó con la crisis de 1982 al 14 %. Por su parte, el salario real descendió del índice 100 para 1957 a 35,2 en 1984, al tiempo que se expandían fenómenos como el multiempleo, el ingreso de personas más jóvenes al ámbito laboral y el acceso más tardío a la jubilación. Además, las mujeres se incorporaron en mayor número al mercado de trabajo, pasando del 32 % de la población económicamente activa montevideana a principios de la década de 1970 al 42 % en 1986.

Ya dijimos que desde la década de 1990 Montevideo experimentó un fuerte desarrollo de su área metropolitana. En ello influyeron, según estudios recientes, las nuevas formas de ocupación y de comercialización territorial, la

28 Antonio Grompone, *Las clases medias en el Uruguay*. Montevideo: Editorial Río de la Plata, 1963, p. 32.

29 Alfredo Errandonea, «Las clases sociales en el Uruguay [1969]», en Karina Batthyány y Gerardo Caetano (coords.), *Antología del pensamiento crítico uruguayo contemporáneo*. Buenos Aires: Clacso, 2018, pp. 557-577.

sustitución del tradicional centro económico-administrativo por varios centros comerciales y culturales (por ejemplo, los *shoppings* y sus entornos), los cambios en los patrones de consumo y los rápidos avances en las comunicaciones y el transporte. En esta línea, vale subrayar la descentralización de servicios públicos y privados. Desde los ochenta se fueron instalando en varias zonas nuevas instituciones educativas (escuelas, liceos y edificios universitarios) y sanitarias (policlínicas estatales y de entidades mutuales).

Por otra parte, la consolidación de las disparidades sociales se reflejó en la valorización de la costa este —con su prolongación hacia Canelones— y en el crecimiento de la población de recursos bajos y medio-bajos en las áreas periféricas norte y oeste. Se naturalizó la imagen del desarrollo paralelo de barrios privilegiados y asentamientos precarios. Buena parte de estas tendencias se profundizaron en las últimas décadas y sus

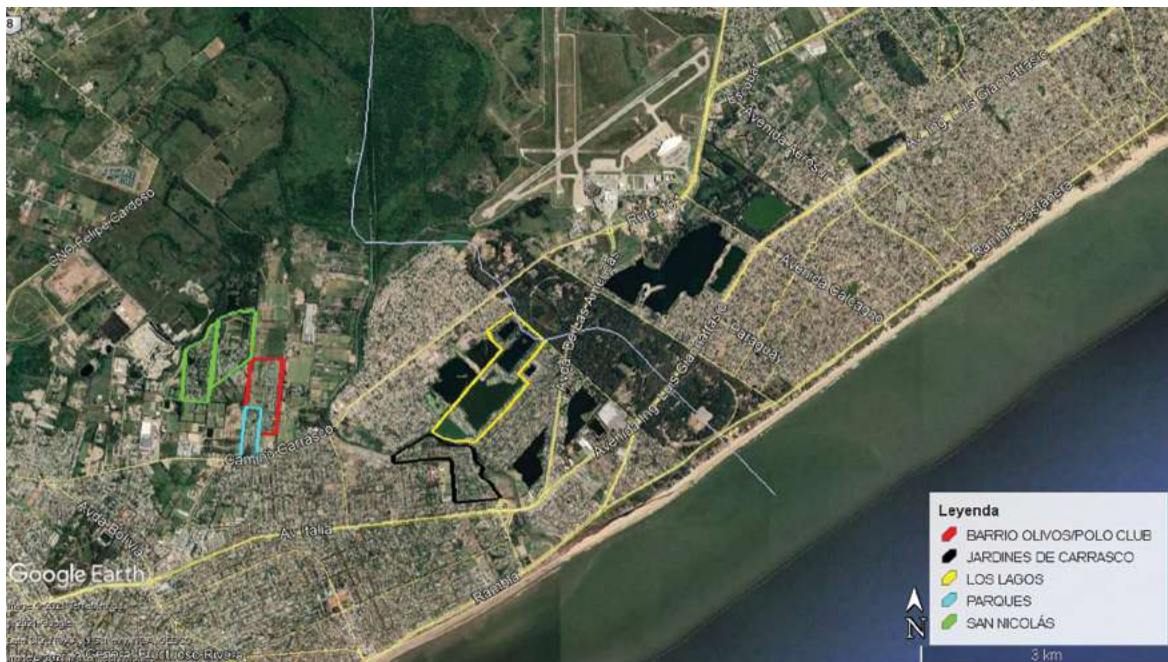
efectos resultan muy visibles en la actualidad, sobre todo en la fragmentación urbana y en el ensanchamiento de las desigualdades.

Hacia 1990 el número de pobres en el país seguía siendo elevado (390.000), pero se había reducido significativamente con respecto al final de la dictadura (1.100.000 en 1985). Sin embargo, el inicio de una nueva crisis económica en 1998 reavivó el problema, cuya gravedad fue en aumento hasta desembocar en el colapso de 2002-2003. Si bien afectó a todos los estratos de la sociedad uruguaya (tabla 4), los sectores populares recibieron el mayor impacto. Así, la cifra de pobres trepó a 850.000 personas y se fortaleció la llamada *cultura de la pobreza*, en la que destacan los asentamientos irregulares, el embarazo adolescente, la precarización integral de las condiciones de vida (sobre todo en las infancias), la inestabilidad laboral, la deserción escolar y liceal, la violencia y la delincuencia.

El 58 % de los niños montevideanos vivían en la pobreza en 2004. En el departamento, el índice para toda la población se aproximó al 34 %, pero fue mucho más elevado en barrios eminentemente populares: más de 35 % en La Teja; casi 40 % en Belvedere; 45 % en Lezica, y en casos extremos como Paso de la Arena y Bañados de Carrasco (60 %) o Casavalle (más del 80 %).³⁰ Las tablas 4, 5 y 6 aportan datos sobre la dimensión del problema y su evolución posterior.

Tanto los datos censales como los de otros relevamientos coinciden en destacar que los niveles de pobreza y las inequidades sociales descendieron a partir de 2007. El conjunto de los hogares montevideanos y del área metropolitana con necesidades básicas insatisfechas (NBI) disminuyó del 40 % en 1996 al 27 % en 2011 y a 18 % en 2016. Sin embargo, estas mejorías no fueron homogéneas: en los barrios periféricos, cuyas poblaciones tienen, entre otros rasgos distintivos, la mayoría de niños y

30 Carlos Demasi, Álvaro Rico y Marcelo Rossal, «Hechos y sentidos de la política y la pospolítica», en Brando, Óscar (coord.), *Uruguay hoy. Paisaje después del 31 de octubre*. Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido, 2004, pp. 41-42.



Ubicación de barrios semiprivados en Montevideo, marzo de 2020. Imagen cedida por Marcelo Pérez Sánchez.

El fenómeno de la privatización y semiprivatización del espacio habitable crece desde finales del siglo pasado. En algunos lugares del área metropolitana el proceso de zonificación da lugar a una compleja articulación entre urbanizaciones ocupadas por sectores socioeconómicos medio-altos y altos, y barrios de extracción social media y baja. En zonas como la que se observa en esta imagen satelital, limítrofe entre Montevideo y Canelones, se distribuyen countries, barrios privados y semiprivados cuyos propietarios (a diferencia de lo que ocurre en otros puntos del país, como Maldonado o Rocha) son en su mayoría residentes permanentes (Marcelo Pérez Sánchez, *Urbanismo neoliberal: barrios privados en Uruguay*. Montevideo, Ediciones del Berretín, 2024).

niñas pobres, de los jóvenes y de los afrodescendientes que habitan Montevideo, había en 2016 un 25 % de hogares en esa situación, mientras que en la costa este no superaban el 8 %.

Los cambios sociodemográficos y la educación

Uno de los ámbitos que mejor refleja la desigualdad descripta es el de la enseñanza: las zonas con poblaciones de menores recursos evidenciaron mayores niveles de fracaso escolar, mientras que en el este y en el centro de la ciudad dichas dificultades fueron menores. Hacia 2016 las diferencias entre estos extremos fueron disminuyendo, pero siguen estando lejos de desaparecer.

La dictadura civil-militar había dejado una profunda huella negativa en el sistema educativo, en especial en el área pública. Una vez recuperada la democracia y la normalización institucional se sucedieron debates sobre el mejoramiento de la enseñanza que se tradujeron en reformas de

Sectores sociales	1998 (%)	2001 (%)	2004 (%)	2009 (%)
Bajo	17,2	16,1	19,4	12,0
Medio-bajo	24,5	23,5	25,1	18,8
Medio	31,1	29,3	28,7	31,4
Medio-alto	13,4	15,5	13,5	18,1
Alto	13,0	15,6	13,2	19,7

Tabla 4. Estratificación de la población montevideana, antes y después de la crisis de 2002-2003

Fuente: Danilo Veiga, *Estructura social y ciudades en el Uruguay: tendencias recientes*. Montevideo: DS, FCS-CSIC, Universidad de la República, 2010, p. 62.

Año	% de población	% de hogares	% de desempleo
2004	31,7	21,9	12,9
2005	29,9	20,7	11,8
2006*	34,1	25,5	10,5
2007	30,9	22,2	8,9
2008	25,7	18,3	7,9
2009	24,0	17,0	8,0

Tabla 5. Porcentaje de población y hogares pobres, e índice de desempleo en Montevideo, 2004-2009

(*) El aumento de los dos primeros indicadores en 2006 se debe al cambio en la metodología de cálculo aplicada por el INE, con el que se incorporan elementos no considerados antes, como el costo de alimentarse fuera del hogar y el precio de bebidas alcohólicas.

Fuente: IM, Unidad de Estadística, *Evolución de la pobreza, varias ediciones*, disponibles en <https://montevideo.gub.uy/transparencia/estadisticas/evolucion-de-la-pobreza>

distinto alcance. Las innovaciones y la ampliación de las ofertas educativas (inauguración de nuevos establecimientos, expansión de la educación inicial y de tiempo completo, cambios de planes y programas y nuevas opciones

de bachilleratos) se produjeron, sobre todo, entre 1986 y 2008. Al momento de la publicación de este fascículo, está en proceso de aplicación y de debate un nuevo conjunto de reformas que comenzaron en 2020.

Tabla 6. Barrios de Montevideo y porcentajes de su población con al menos una necesidad básica insatisfecha, según el censo de 2011

Barrio	%	Barrio	%
Casavalle	60,1	Belvedere	24,5
Villa García, Manga Rural	52,8	Aguada	24,2
Manga, Toledo Chico	47,6	Villa Muñoz, Retiro	23,9
La Paloma, Tomkinson	47,4	Cordón	23,6
Pta. Rieles, Bella Italia	47,3	Centro	22,0
Tres Ombúes, Victoria	47,3	Unión	21,4
Bañados de Carrasco	44,9	Aires Puros	21,1
Casabó, Pajas Blancas	44,6	Barrio Sur	20,9
Manga	44,0	La Comercial	20,1
Jardines del Hipódromo	42,5	Palermo	19,1
Piedras Blancas	41,7	Capurro, B. Vista, Reducto	17,7
Nuevo París	41,2	M. Modelo, Bolívar, Figurita	17,1
Las Acacias	40,4	Sayago	16,3
Paso de la Arena	39,8	Tres Cruces	15,9
Colón Centro y Noroeste	38,2	Brazo Oriental	15,8
Conciliación	36,9	Carrasco Norte	15,2
Peñarol, Lavalleja	34,7	Jacinto Vera	14,5
Ituzaingó	34,1	Paso de Las Duranas	14,3
Cerro	33,5	Buceo	12,5
Maroñas, Parque Guaraní	32,7	Prado, Nueva Savona	11,7
Flor de Maroñas	32,5	Larrañaga	11,6
Villa Española	31,9	Parque Rodó	11,2
Ciudad Vieja	31,4	Parque Batlle, Villa Dolores	10,2
Malvín Norte	30,5	La Blanqueada	9,5
Colón Sureste, Abayubá	29,0	Atahualpa	9,3
Lezica, Melilla	28,8	Pocitos	8,2
La Teja	28,5	Punta Carretas	7,8
Cerrito	27,5	Malvín	7,1
Las Canteras	26,3	Punta Gorda	3,9
Castro, Pérez Castellano	25,3	Carrasco	3,7

Fuente: Paula Carrasco, Juan José Calvo y Hugo de los Campos, «Las necesidades básicas insatisfechas a partir de los censos 2011», en Juan José Calvo (coord.), *Atlas sociodemográfico y de la desigualdad del Uruguay*. Fascículo 1. Montevideo: INE, 2013, p. 35. La tabla y la definición de NBI se toman del capítulo 1. «Metodología de cálculo de las Necesidades Básicas Insatisfechas».

El derrumbe de los primeros años del siglo XXI tuvo características inéditas y efectos duraderos en la sociedad montevideana. La crisis de 2002 y 2003 generó mayor desigualdad que la de 1982 y demandó una intervención estatal muy superior para reducir la pobreza. Si bien el acceso a bienes de consumo y a servicios mostró una recuperación significativa desde 2006, las inequidades se mantuvieron. La tabla 6, confeccionada con datos del censo de 2011 (los resultados finales del censo de 2023 no estaban disponibles cuando se redactó este fascículo), muestra que el porcentaje de personas con al menos una NBI es muy diferente de un barrio a otro.

¿Qué mide el indicador de las necesidades básicas insatisfechas? El grado de insuficiencia de una población respecto al acceso a bienes y servicios para su supervivencia o una vida digna. La definición utilizada por Carrasco, Calvo y de los Campos analiza seis dimensiones: el acceso a vivienda decorosa, al abastecimiento de agua potable, al servicio sanitario, a energía eléctrica, a artefactos básicos de confort y a la educación.

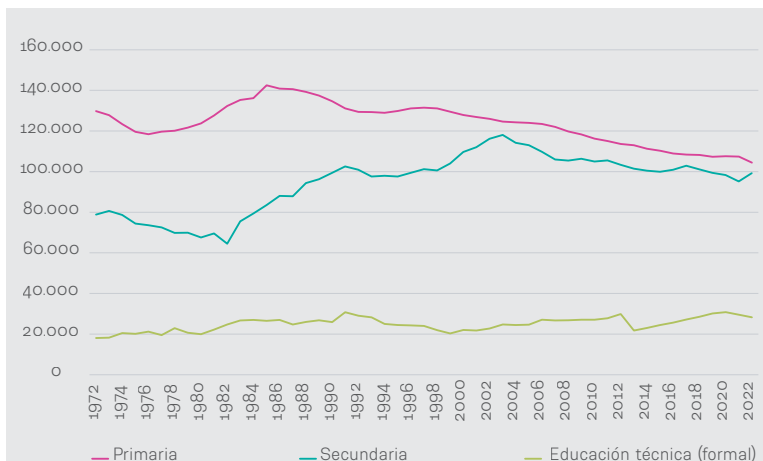


Gráfico 9. Evolución de la matrícula estudiantil en Primaria, Secundaria y Educación Técnico-Profesional. Montevideo, 1972-2022*

(* Se suman las matrículas de los sectores público y privado. En el área de Primaria no están incluidas Educación Inicial (o Pre-Primaria) ni Educación Especial, debido a la falta de datos completos para el período graficado. Los datos en Educación Técnico Profesional refieren solamente al área formal.

Fuentes: *Anuario Estadístico de Educación* (ediciones de 1990 a 2022) en <https://www.gub.uy/ministerio-educacion-cultura/datos-y-estadisticas/datos?page=3>; Ministerio de Educación y Cultura, Dirección de Educación. Área de investigación y estadística, *A 140 años de la Educación del Pueblo. Aportes para la reflexión sobre la educación en el Uruguay*. Montevideo: MEC, 2014; Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP), Observatorio Territorio Uruguay (OTU), *Indicadores*, en https://otu.opp.gub.uy/filtros/resultados_engine; ANEP, Consejo de Educación Técnico-Profesional.

En la década de 1960 todas las ramas de la enseñanza pública y privada incrementaron su caudal de estudiantes. La educación inicial, que hasta entonces tenía escasa difusión, elevó considerablemente su alumnado. Una

causa de ese despegue fue la mayor presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y en la educación superior. Por su parte, en primaria, a la fuerte baja de 1968-1975 (de 48.000 alumnos) le siguió una década de constante

crecimiento que culminó en 1985 con la matrícula montevidéana más alta de las últimas cinco décadas: casi 142.500 escolares. Desde entonces, el número ha seguido una tendencia descendente hasta ubicarse en poco más de 104.000 en 2022, como resultado de la disminución de los nacimientos.

Los casos de la enseñanza media y técnica fueron diferentes. En secundaria se mantuvo la línea descendente durante casi toda la dictadura civil-militar, hasta que en 1983 se produjo un nuevo ascenso, con una posterior estabilización en los años noventa y un pico máximo de más de 118.000 estudiantes en 2003. Luego, la matrícula tendió nuevamente a la baja, hasta que se revirtió otra vez en 2022. El alumnado de la Educación Técnico Profesional formal (conocida hasta ahora como UTU) mostró un incremento menos acentuado, pero visible desde la década de 1970, ya que osciló entre 20.000 y 30.000 inscripciones anuales. En este subsistema, la evolución vino acompañada de otro elemento relevante: la

progresiva igualación, desde finales de la década de 1950, del número de mujeres y de varones matriculados (gráfico 9).

Hasta el presente, la vida universitaria uruguaya se ha desarrollado fundamentalmente en la capital del país, aunque en los últimos años avanzó su inserción y despliegue en otros departamentos. La población universitaria se multiplicó por 13 desde 1960: de 15.320 inscriptos en

Montevideo pasó a 204.268 en 2022 —incluyendo estudios de grado y posgrado—. Asimismo, aumentó notoriamente la matrícula femenina: a finales de la década de 1960, las mujeres eran el 40 % del estudiantado de la Udelar, mientras que en el censo de 1988 llegaron al 60 %, proporción que se mantiene hasta hoy, pese al crecimiento exponencial de la matrícula. No obstante, según datos de la propia Universidad de

la República, el 65 % del egreso en 2019 correspondió a mujeres.³¹

En las últimas cuatro décadas se diversificó la oferta académica universitaria, un proceso que comenzó en 1984 con la fundación de la Universidad Católica del Uruguay como primera institución privada, seguida de otras que en 2022 reunían más de 26.000 estudiantes en Montevideo, con leve predominio de varones.

Balance: trayectoria y desafíos de la sociedad montevideana

En sus primeros trescientos años de historia, el crecimiento de la población de Montevideo atravesó varias etapas. La primera de ellas, típica de las sociedades tradicionales o del Antiguo Régimen, registró tasas de natalidad y de mortalidad muy elevadas, baja esperanza de vida, altos niveles de pobreza y permanente exposición

a los azotes epidémicos y bélicos. Aquel reducido colectivo encontró en diversas formas de actividad agraria y comercial la posibilidad de crecer numérica y económicamente con una fuerte interacción entre elementos humanos de diverso origen (nativo, europeo, africano) que no siempre se ha

reflejado en su complejidad en todos los textos de historia.

Como vimos, ese primer período fue el más largo y, de hecho, abarca casi la mitad de la historia montevideana. No obstante, fue también el lapso durante el que se asentaron ciertos rasgos distintivos de la ciudad y se conformó un

31 Universidad de la República, *Memoria del Rectorado*, 2019. Montevideo: Universidad de la República, 2019, p. 10.

escenario fértil para las siguientes transformaciones.

Con variaciones, avances y retrocesos, desde finales del siglo XIX la ciudad-puerto se expandió con rapidez, creciendo como centro hegemónico (en el sentido más amplio del término) y con gran vocación europeizante y modernizadora. Ese protagonismo de Montevideo sobre el territorio oriental y su desarrollo posterior han sido clave para delinear los perfiles de la sociedad de nuestros días, con sus riquezas, potencialidades, problemas y desafíos.

Hasta mediados del siglo xx, una particular combinación del descenso de la mortalidad y de la natalidad, con voluminosos aportes inmigratorios, crecimiento económico, migración del campo hacia la ciudad y mayor presencia del Estado (como garante de derechos, como empleador y como educador) crearon las condiciones propicias para dos aumentos en especial trascendentes entre 1880 y 1960: el de la población montevideana y, dentro de esta, el de sus estratos medios.

Luego se dieron nuevas tendencias. El final de las grandes oleadas inmigratorias junto con el descenso de la natalidad, el aumento de la esperanza de vida, el nuevo rol de la mujer y la prolongada crisis estructural reflejada en el progresivo aumento de la emigración hacia diferentes países impactaron a largo plazo tanto en el volumen de la población (que primero creció menos y que en la actualidad tiende a disminuir) como en su composición etaria.

Asimismo, en las últimas décadas, la ciudad y el departamento experimentan en su conjunto un proceso de zonificación urbana y de gentrificación que acentúa las diferencias entre los sectores populares y los más favorecidos. En forma paralela, tienen lugar otros acontecimientos de índole demográfica y cultural, como la llegada de corrientes inmigrantes provenientes de países latinoamericanos no fronterizos.

En líneas generales, las mujeres y los hombres que habitan hoy Montevideo viven más años que sus antepasados. Junto a este

hecho, que se puede interpretar como una consecuencia positiva del desarrollo de las condiciones de vida, se produce otro que atrae crecientemente la atención de la ciudadanía: la baja de la natalidad. A estos factores del cambio demográfico se les deben agregar otros no menos importantes —muchos de los cuales hemos señalado a lo largo del fascículo—: los cambios en el rol de las mujeres; la persistencia de la desigualdad socioeconómica y de diversas manifestaciones de discriminación racial y sexogenérica; la expansión de nuevas modalidades de consumo y su impacto sobre el medioambiente y el relacionamiento entre las personas.

Estos fenómenos, que ya afectan a muchos países, plantean en el corto y en el mediano plazo retos importantes en lo educativo, lo laboral, lo sanitario y lo previsional. Frente a estas realidades —que se deben asumir sin temores, pero con seriedad—, la sociedad montevideana tiene por delante desafíos tan relevantes como impostergables.



MVD
300



FHCE
Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY